

BIBLIOTECA  DE AUTORES QUINDIANOS

# EL CAMINAR DE LOS OCÉANOS

POESÍA



GOBERNACIÓN DEL  
QUINDÍO



UNIVERSIDAD  
DEL QUINDÍO



## **La Biblioteca de Autores Quindianos**

La Biblioteca de Autores Quindianos tiene como propósito poner en circulación, en cuidadas ediciones, los trabajos creativos y de reflexión de los poetas, escritores e investigadores de nuestro departamento. La amplitud del panorama de las letras quindianas se refleja en esta colección, que incluye autores y obras de una tradición consolidada, al tiempo que abre el espacio para las nuevas miradas a la literatura y a la riqueza cultural del Quindío.

En este proyecto de carácter académico han unido sus esfuerzos la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío, con el apoyo de un Comité Editorial conformado por expertos en literatura, historia y cultura.

Lo que nos convoca es una convicción que está en la base de nuestras políticas institucionales: Es indispensable promover, apoyar y difundir el producto de la actividad intelectual, y brindar a la región puntos de encuentro para que se piense en las fortalezas propias de su historia, dinámica y diversa.

Con este conjunto de obras en ensayo, narrativa y poesía, la Secretaría de Cultura de la Gobernación del Quindío y la Universidad del Quindío les proponen a los lectores un espacio para el asombro, el estudio y el descubrimiento.

*Julio César López Espinosa*  
Gobernador del Quindío

*Alfonso Londoño Orozco*  
Rector de la Universidad del Quindío



Juan Restrepo

# El caminar de los océanos



*El caminar de los océanos*

© Juan Restrepo

Primera edición



**Biblioteca de Autores Quindianos**

Secretaría de Cultura, Gobernación del Quindío

Universidad del Quindío

Armenia, 2011

ISBN 978-958-8593-22-7

Edición al cuidado de Carlos A. Castrillón

*Todos los derechos reservados.*

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin la autorización escrita del autor.*

*Diseño de la portada:* © Lina María Cocuy

*Diagramación:* Julio César Pinzón Ospina

*Impresión:* Centro de Publicaciones de la Universidad del Quindío

## Índice

<i>Prólogo.</i> Darío Ruiz Gómez	11
<b>Hades</b> (1995)	19
<b>Las Águilas de la Tristeza</b> (1994)	
Incendias de lo oscuro	125
¿Piensas, riges?	126
Leva el túmulo	127
Cómo encendían las naves	128
¿De dónde llega?	129
Tan distante	130
La mansión silenciosa	131
Cuadro	132
Breves palabras	133
¡Ah! vosotras	134
Los días	135
Sacude el lomo	136
Patio	137
El salón de baile	138
Venid, fermentos	139
El devenir sucede	140
Si el arquero	141
¿Cuál forma representas?	142
Las mansiones	143
Los que nunca han tocado	144
¿Quién desde las bellotas?	145
Lleva el vilano	147
La rota sombra	148
Nada por estos cuerpos	149
Calmos rayos	151
Ahora del navío	152
La inconfundible	153

Hemos cantado	154
¿Por qué, ¡ah! Capitanes?	156
Pensadora tristeza	157
El cuatralbo	158
A los huertos fui	159
Al mediodía el aroma	160
Lo esperado	161
Abro el fin	162
Porfiados barracones	163
Y su voz	167
Rasga de sí el tiempo	168
Esta bata	169
Onda del zafiro celeste	170
¡Ah! breves damas	171
Lo callado	172
Veamos	173
Rojas sílabas	174
Tierra	175
Las cavernas salen de caza	176
Alejandra	177
Pesarosa clemencia	178
Canta la oropéndola	179
Hay estruendo	181
Serena es la espesura	182

### **El Volcán de los Duendes (2001)**

Proemio: Los Industriosos Cabalgantes	185
Nacimiento: Duende Uno	186
Gnomos	187
Duende Dos	188
Duende Tres	190
Duende Cuatro	192
Duende Cinco	193
Duende Seis	194
Duende Muerte	195
Duende Ocho	197
Duende Nueve	198

Duende Diez	199
Duende Once	200
Duende Doce	201
Duende Trece	202
Duende Catorce	203
Duende Quince	204
Duende Dieciséis	206
Duende Diecisiete	207
Espíritus de la noche	208
La memoria	211
El sueño	213
Coro de los Duendes soñantes	215
La sombra	219
Reflexión de un Duende	220
Coro	221
Duendes descendiendo de la memoria	222
Gnomo	223
Duende Dieciocho	224
Duende Diecinueve	225
Gnomo	226
Epílogo	227
Un descanso	228



## Prólogo

Darío Ruiz Gómez

Más de veinte libros de poesía escritos en el mayor silencio. Como única tarea, disimulada en las labores cotidianas, este eco de los días, ecos de noticias perdidas donde se asoma imprevistamente el rostro de los viejos dioses, el hilo extraviado de los viejos relatos. En ese sentido es preciso señalar en esta poesía algo importante: su alto grado de intemporalidad, alcanzado mediante esta escucha de lo inescuchable, de aquello que alienta en lo indecible. Lo cual señala una inmensa virtud en estos tiempos donde el éxito editorial se confunde con la calidad literaria: el saber colocar antes la poesía que los datos personales del poeta en un país donde el atraso cultural se pone de manifiesto en la persistencia de inventadas aristocracias del pensamiento, heredadas y confinadas por la supuesta minoría de siempre.

Borrar los datos personales es hacer entender que lo que cuenta como experiencia no es la biografía sino ese hilo que el poeta ha rescatado de la locuaz voz de los tiempos. La supuesta premisa de que la poesía debe estar unguada al presente y debe ser huella y testimonio de éste es propia aún de cierta literatura nacional, pero aquí, en el caso de Juan Restrepo, la relación se establece con el único interlocutor válido: la poesía que no ha dejado de estar en el mundo, por encima de las cronologías establecidas por la Historia. De ahí que la noción de intemporalidad no constituya una huida de la realidad sino lo contrario, el adentrarse en la única realidad posible a la poesía, que no es otra que ella misma. ¿Dónde más estarían las geografías de la memoria, los templos de la

sabiduría, la palabra que se hace eufonía al incorporarse, naturalmente, al paso del viento?

Restrepo ha decantado las metáforas con que el surrealismo puso a flote la otra visión, la otra realidad alojada en el sueño, entrevista en el duermevela. O sea la otra gramática de vida en los ojos del subconsciente: aquello que no sabíamos que éramos nosotros y que gracias a la articulación poética de estas imágenes nos va descubriendo la sombra que vibraba detrás de la lógica diaria, como un presentimiento.

Se entiende que el método seguido no es el del azar ni el de la llamada escritura automática, ni mucho menos el del extravío, sino el más difícil: el de la lucidez que brota del resplandor de la vigilia y va descubriendo sin sobresalto, sin ofensa alguna, aquello que duerme en nuestra alma cautiva por la nostalgia del orden antiguo. La mirada es así la de aquel que está suspendido en el aire y mira la lontananza, las miles de pequeñas olas que rizan el mar original. Antes de emprender el vuelo, antes de la alucinación ante lo que discurre ante los ojos de esta alma: la lucidez es entonces una estrategia ante las trampas del destino, ante el chantaje del dolor. Si digo presentimiento es porque esta poesía ha sabido mantenerse en el umbral, ha escogido el umbral no por temor a dar el paso hacia la exterioridad o para retroceder hacia la penumbra bienhechora sino porque mantenerse en el umbral significa carecer de párpados, significa dejar la palabra en el reino de la imagen sin que la destruya la iniquidad de una gramática.

Aquí vemos lo que significa haber renunciado a la biografía: el carecer del dato que ensombrece la mirada como referencia de una vida personal, ese “saber que no me recuerdo es despertar” de Pessoa. Dejada atrás la miseria del existir como falsa agonía, como falsa confrontación con los otros, la búsqueda de la plenitud

señala una necesaria ascesis en el poeta. El poeta no vive su vida particular, vive la vida que la poesía le invita a llevar, que la poesía le ha suministrado en el deslumbramiento. Es aquí donde la poesía de Juan Restrepo pone de presente aquella virtud alabada por Miguel Ángel: la discreción. Ya que el grito aleja, espanta al posible interlocutor, mientras la discreción invita a regresar, a descubrir pausadamente la imagen que se quiere compartir.

De ahí otra virtud bien escasa por estos pagos de Dios: el pudor. Virtud que la actual vulgaridad suele identificar con la incapacidad de abrirse a la procacidad de un erotismo comercial. En la medida en que la ascesis le ha permitido a esta gran poesía escapar de la contaminación de la Historia, de la reducción de lo humano a un existir sin mito, igualmente ha eludido la procacidad de la queja inventada, de la lágrima inventada alrededor de la orfandad, del exilio, del destierro. Al eludir esa queja esta poesía afirma su tarea implícita de no romper con la unidad primera en que Dios creó el mundo. Cuando se evita y se teme caer en la procacidad es porque ésta supone una saturación de la imagen que termina por anularla. El pudor —ese conocimiento que sabe que aún no ha llegado al final— enuncia a la imagen, la deja, pues, en el umbral, esperando que sea la misma metáfora la que defina su mayor virtud, esto es, su capacidad de hacer silencio.

Por eso cada libro es, naturalmente, una continuidad de los otros. Pero aquí el último puede ser el primero ya que precisamente en el espacio del subconsciente —ese espacio que desconoce la aridez de la historia, la miseria de la biografía— no se da la cronología del tiempo porque lo que se vive es la simultaneidad de los tiempos. Y desde el silencio conquistado, desde la reanudada continuidad entre la vigilia y el sueño, el espacio anterior a Aristóteles, el espacio que desconoce la mensura, se establece como

un territorio mental único y al cual es necesario penetrar con las armas de la misma lucidez.

Que una poesía establezca de esta manera su territorialidad frente al lugar común, frente a los estilos nacionales, frente a las poesías que rinden culto a la época es decidirse por la incompreensión, es aislarse necesariamente. No digo, como podría pensarse según los parámetros de un sentimentalismo al uso, que aislarse es quedarse solo, fuera de los consabidos reconocimientos donde se alojan los filisteos. Aislarse es vivir y asumir esa territorialidad legitimada para que el diálogo continúe: aquí no hay fisuras porque la duda no ha resquebrajado la imagen. La poesía de Juan Restrepo fluye porque no ha sufrido interrupciones, porque no es víctima de traumas existenciales sino que viene y va hacia la claridad propia de quien se sabe guardián de una armonía única.

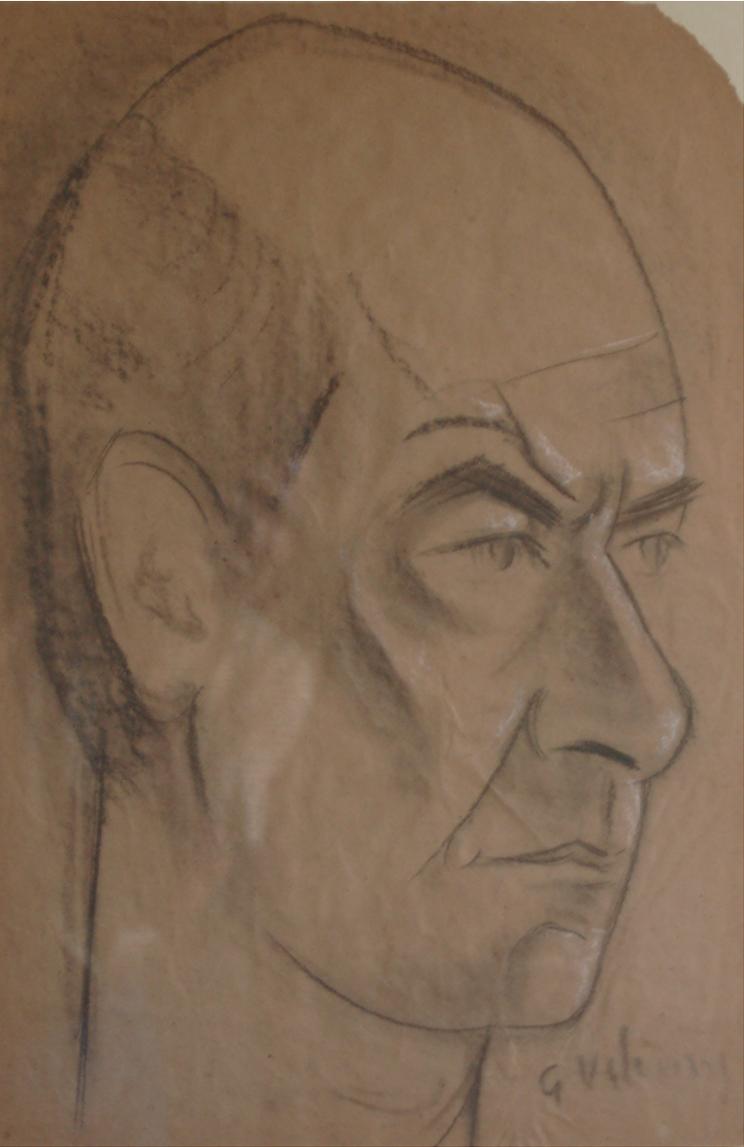
He leído sus libros inéditos y lo que estoy señalando es cierto, las imágenes se configuran en la lectura mental indicándonos paisajes y momentos que nunca creímos constituyeran parte de nuestro propio patrimonio. Es una poesía donde la metáfora se ha hecho innecesaria en su unión de contrastes porque, sencillamente, la contradicción tampoco se da en este espacio único donde leyenda y recuerdo se confunden sin indicar un final. ¿Es esta la tierra prometida o es el paraíso perdido? Lo trágico no puede darse en circunstancias como estas donde los elementos primordiales que componen el mundo y las metáforas que definen a éste se dan como presencia no traumática, como desgarramiento existencial, sino como constancia de aquello que ha permanecido en el aire, en las nubes, en los corredores de la casa, los pájaros que han llegado a borrar su nombre, las briznas de paja en el anuncio del verano, el ronco sonido de las aguas en las montañas de niebla, reinos de un universo intocado que esta poesía descubre ante nuestros ojos asombrados para darnos la certeza de que el orden de la creación no

terminó en el séptimo día sino que continúa diariamente en el mayor secreto: “El silencio es norma que el labio consuela”.

Aquí se hace más claro el fruto del esfuerzo del poeta por oponerse a las falacias de la historia, a las argucias conceptuales del supuesto deber ante el presente: el mundo que está ahí exige de nosotros, tal como lo señaló Pico de la Mirándola, lograr adentrarnos en él para, de este modo, tratar de conseguir la eufonía y la plenitud, para que la llama del estío habite gozosamente en nuestro pecho y las rocas, los musgos, los ojos de los animales se reconstruyan en el flujo de nuestra sangre tal como lo certifica esta alta poesía, poesía del júbilo en tanto restituye un orden necesario de la vida y a la vida necesaria, como aquello que es porfiadamente inútil, rama que ventea, onda de agua, milano, verso que se aferra a la condición de la poesía para hacer el llamado a este silencio.

“Nada en mi reino es sujetado”. Esta poesía de Juan Restrepo se desprende de sí misma, rehúye la falsa imagen, destierra las profecías políticas y nos instala en el centro del verdadero reino que nos reconoce. Poesía para aquellos que están antes, para quienes, repito, han hecho del umbral su hábitat. Lo lírico no se da aquí por la contemplación sino por el haber permanecido ahí en el centro mismo de las cosas, en la habitación inicial de las palabras. Por eso esta poesía no describe sino que se describe desde el ámbito interior del tiempo que al fluir nos recuerda no el oprobio de la muerte civil sino la condición de caducidad de nuestras vidas, caducidad que nos hermana con el ave, con el animal, con la nube.





*Juan Restrepo*, por Antonio Valencia Mejía (1984)

Hades



# 1

Llegad los convidados  
a esta anca de misterio,  
con juiciosa paciencia  
abordad los sitios  
y asid, tocad las formas  
que desprenden y llevan.

Preguntad por el nombre  
sin siquiera un susurro,  
sólo lo que en sentido  
lleve vuestra prudencia.

Lo que aquí halléis, calladlo,  
no será ya jamás.

## 2

Cada rostro despida  
oído, ojo, lengua,  
lo que solo navega;  
el buen rocín techado,  
el color si ha sentido;  
no el espantable océano  
de una cuenca dormida,  
cráneo niño perdido  
en su búsqueda, tierno.

Es día y traspasamos;  
sus torres de llanura  
gotean azul, perpetuo.

Corre olvido a su mano,  
a su lengua vacío.

### 3

#### Sombras

Bellas hacedoras,  
dejadlas que dancen  
bajo el caramillo.

Dispersan, reúnen,  
flotan y el sonido  
es la única cumbre.

Vado donde puedes  
atrever, gozoso,  
pero ave que espanta  
si juegas la duda,  
el dado fermento.

## 4

Sopla el cuerno,  
ladra la montura  
y el jinete es roce capotón  
a hombros  
de la misma noche.

Parten de los cascos  
posadas, distancias,  
un velo se esparce  
y bello respiro  
pliega, cae, ahonda  
nada más que el rápido  
listón que ha pensado  
cuando era su casa.

## 5

Así la primera  
puerta donde llegues,  
floresta ventana,  
óvalo tejado,  
corredizas hojas donde desprendidas  
aves de fortuna dan sus estaciones,  
desovan la inmensa  
laguna que abre  
sus profundas alas,  
llama sus navíos  
y el mar de los seres,  
libra sus orillas.

## 6

Regad, el tiempo llega,  
el eco jardinero;  
despide su rocío,  
tarde es o noche o alba,  
duende en pezón que ha ido.

Juguetón se diría  
si allí le recordáramos  
o un alto hiciese,  
alivio, si no fuera  
la calcinada playa  
de pies desnudos, yerta.

7

Entonces el relámpago,  
la voz que se deshace,  
el fulgor ahora herido,  
el cálido ornamento  
de la augusta justicia,  
el verde lazarillo  
agraz oído al leño  
rapaz del aire, anillo,  
seco brazo vacío.

## 8

Nada, nada  
sin tu vasija,  
agua o color,  
o aire;  
el dolor mismo,  
aquello que esperamos  
y no podrá;  
la breve  
gota de la aventura  
y la pompa que estalla;  
frescor para los dones  
o los dientes de caza;  
la indefensa bondad  
donde deshabitado  
nuestro morral camina,  
vacía en el horizonte,  
deslíe, canturrea.

## 9

No es de acertar la noche,  
alabar la balanza  
que bien podría ocurrir,  
dar al dado su día  
o ver que el tiempo nuevo  
queja de otra virtud.

Pensantes, quebradizos,  
diezmos pastores líquidos  
u otra razón.

Aquí el rayo,  
el trono,  
la penumbra infinita  
sin otra unción.

## 10

Lento mensajero,  
¿qué llevas  
que a ti mismo retrasa?  
¿Nuevas ya idas  
o el ojo aún no visto?  
¿O ese escalofrío  
donde aún puede eterno?  
¿Zumbón es,  
cuchichea  
cuando helando  
en su trono?

¡Ah! miríadas voces  
en rama ciega,  
ahora.  
Mimbres lívidos,  
aguas.

Dejadle,  
lienzo es apenas  
el camino que cubre,  
desprende de la tela  
su fulgor  
y va hilando.

Bello es el silencioso.

Ella guía,  
se pierde,  
mi casa no la encuentro.

## 11

No era estación de juegos,  
se soñaba la antorcha  
aunque lumbre allí había  
pero secas las puertas;  
se abría y era el cuchillo  
de su único lecho;  
niño apenas, ondeaba  
y diríase el leño  
que dormita en la rama;  
de a poco fue y el cuerpo  
cerrose hasta la mínima  
exhalación que toca;  
despierta, ya es el alba.

## 12

Respiró la tiniebla  
y la vi ungida,  
astros, como si la llevasen  
a una apartada niebla.  
Pero veía mi sombra  
y ella en rostro lloraba,  
dos zagales corriendo,  
el viento en los despojos  
de ese bien que no llega.

## 13

Llamas, llamas secas  
que el temblor traspasa,  
cauces hundimientos,  
resquebrajaduras del soplo,  
abandonos,  
oboes desprendidos  
a los mismos dedos  
de pulpa y ceniza.

Cantaba el silencio  
removiendo hechos con que acariciaba.

## 14

Arropó el velamen  
despidiendo el puerto que pude;  
conté de sus manos  
largas aguas, ondas,  
pues eran las horas  
el venial engaño  
en que navegaba,  
un errante sueño,  
bellas rientes, anclas.

## 15

Creí ver las trenzas  
tantas veces vueltas  
hacia mí, cegándome,  
cuando sacudías tu sol  
y sus rayos  
desprendían los días  
donde semiocultos  
creábamos la noche,  
reclinando, sola.

## 16

No vi lejanía;  
acercó el camino aún más  
y era el lejos.

**Orillas**

¡Ah!, breves  
hermanas semejantes.  
Ni aun en la discordia  
halláis la diferencia.  
¿Cuál la otra orilla?  
¿Aquella que permite?  
No el habla,  
ni el confín horizonte.  
Ellos, tus hijos,  
cantan,  
y el silencio es feliz.

## 18

Sostener ese velo  
¡cuánto dolor!  
Si oscura es la mortaja  
que plateas,  
destejes  
para tu propia siembra.  
Preparas los avíos  
de su hilo,  
reluces,  
paseas y desdeñas.  
Tanto abrazas  
en mirada benigna  
pues sólo el guiño dice  
de tu andar y su juego.

El lino va cediendo,  
el pastor de tus rayos;  
en capullos zarcillos  
señala, desvanece.

Abre la casa el Padre.

Algún lugar se duerme.

¿Quién ha abierto crueles  
bondades a esta casa?  
¿Eres?;  
tan dulces pasos calzo  
que sólo podría el mirlo  
dejarlos en mi oído;  
no comprenden mis ojos  
así a la noche bajen  
otras voces, pregunten.

Pero entrad, dicha mía,  
aunque llore el rocío,  
otra sea esa tierra.

No hables,  
no muevan tus palabras  
el rostro que ahora luces  
y un rayo tal vez huya  
o tema o aquí llore.

Como el sol del espacio  
o las constelaciones,  
gira,  
pues es leve su aroma  
y así en mi rama pueda  
volver a aprisionarle  
y ver crecer nuestro árbol,  
recostarnos al tallo,  
sombrear por su memoria.

¡Ah! tu distante mano,  
no hay pobre desestimo  
ni cabo en esa llama;  
ave es y trino,  
olvido...

Cruja la gran medida  
del péndulo, detenga,  
anuncie de otra flama.

## 20

Aún hay día, hay tiniebla,  
hay nada;  
en ningún lugar  
puede ocultar la noche,  
zafar los eslabones  
de las horas, matar  
su deseosa cadena.

Brazos de los gigantes  
en el mínimo soplo,  
el alegre zumbido  
de la abeja o el nido  
que la muerte construye.  
Destronados navíos  
si de las tempestades  
vuela el sordo respiro  
y en su sombra acomoda;  
grata armonía tan sola  
en este inmenso ruedo.

Mas ría, goce tu tintineo,  
afloren los capullos  
y sea su danza moza  
que nos festeje, aúne  
cada estación aquí  
en el astro pasado.

## 21

Recuesta, hay cansancio,  
sigue el seno desnudo  
que ahora nos acoge;  
su espaciosa cantárida  
teje, es su tiempo  
mientras ligero ronca  
el buen ojo en que todo  
ir y venir prosigue;  
sosiegue el breve mimbre  
que ahora te construye,  
aliente amable espacio  
mientras yo acá disuelvo.

Soñar, dormir,  
¡ah! dulcísimo grito  
que guía fiel a mi niña.

Su aposento es un guiño  
que junto a ella duerme.

## 23

De brillante  
es el don que recibo,  
me brinda sus mansiones  
y aún dispone los bosques  
para robusta caza;  
el cuerno silencioso  
cuelga fugaz en mi hombro  
y mientras van mis párpados  
tras sus labrados brazos  
no hallan más que ese gesto  
ya brillando en su arco;  
pienso, sin duda otro  
sea el caudal que ha servido  
y no la dolorosa  
fuente que precipita,  
deja a salvo la herida  
en su estuche por mi hombro;  
vuelvo a mí tan cercano;  
tal vez un astro mío  
guíe ya en otro cielo.

Pude arder las majadas,  
los distantes zarcillos  
que crecen los susurros,  
el gentil en su arbusto,  
el charco saltarán  
en su pie tan inquieto.  
Poblado era el sereno  
campo de mi memoria,  
tan parecida orilla  
a esta rivera amable.

25

### **Cintia**

Miras y no distraes  
así este mundo sea  
otra forma y atrevas  
a llamarle mañana.  
Deslizas y es la vida  
por donde voy, atrevo.  
Tal vez tus reflexiones  
me den esos sentidos  
donde aún no he llegado  
al ver que apareciendo  
en el olvido aún vives  
la muerte que has soñado.

26

¡Ah! el pájaro zafiro  
al confín de la noche,  
¿quién podría prenderle?

Oye su canto,  
oscuro.

27

Los poderosos galgos  
del jilguero han partido,  
aún no dora el sol  
y sus lomos relucen.

Bajan y ascienden  
y de ese trino en salto  
o colina volátil  
zumos de bellas plumas  
a la grata memoria  
donde la noche en rama,  
quieta, tan silenciosa.

**Despertar**

Aún no, es la alondra  
o el engañoso pájaro  
del triste caramillo,  
el destello jilguero  
que alguna nube ha dicho,  
el aldeano en su vuelta  
que ha regresado al lecho.

La pobre hora ha perdido  
y teme, gracia teme  
e implora así, desierta.

La sonaja de bronce  
y el dardo, ¿quién podría  
darme de ti? Es nombre  
aquello que el oído  
de la mente susurra,  
tensa el prodigioso  
arco de la memoria.  
Titanes u otros dones  
que de aquí prodigasen,  
tan distantes a aquellos  
ojos de la discordia.

Dulce el tronco de esta edad,  
amable su fronda,  
moviente dulcísima  
en azul, brillantes  
y el jocundo lobo,  
pobre astro y la comadreja  
que boga en su niebla;  
pesares dolientes aquí  
en camino o tristes cantares  
en ecos durmientes;  
tempranos, ventanas,  
labrados silbidos.

Ven donde la endecha  
aún recuerda, llama,  
ve la débil línea  
donde hubo, la muerte  
de su alegre lira,  
su simiente casa.

Si al pasar entonas,  
entonces recuerdo, corra,  
entre a este lecho  
tan fiel, donde lejos  
ni reposo turban.

## 31

Celestes caravanas  
sobre nuestros desiertos,  
a veces confundidos  
o en el viento colmados  
si el temporal acerca,  
tiende rayos y truenos  
en espejos tan claros  
que ofrecen, caballeros  
de las límpidas aguas  
y esbeltas damas dátiles,  
el hortelano fuego  
pulsando mientras cruje  
la brasa del relámpago.

No temas, en ti sigue,  
pues guardián es el sueño  
de dos reinos y en ellos  
su condición afronta la verdad.  
No le engañan movedizas palabras  
así en alud descarguen  
y aparezca la huesa  
en llanura o alondra,  
oscuro desdorando  
o andante más seguro.  
Sabe de sí, ilumina  
y aunque sea la tiniebla  
esa temida línea  
que de seguro un sordo  
volcán corta, descuaja,  
sorpresiva le une,  
sonríe, palmea su hombro,  
le apacigua, revela  
en más tierno misterio.

¿Flotas, juegas?  
Recorres tu dulzura  
y en nada apoyas;  
el verdor es más vasto;  
gentes ríen la sombra  
que descansa, animan  
de esa ilusión, gorjean  
buenas nuevas al mundo,  
envían los pichones  
de su bondad.

No es presuroso el día  
sino a los calmos rayos  
que al pensar le sorprenden,  
le nombran y así nace.

Dormito, copo leve;  
el brillo del relámpago  
salta, extiende, arrulla,  
tal vez un gesto tuyo  
que has traído,  
aquí sueltas.

**34**

**Caronte**

Hoy teme  
el legendario.

Mas yo digo,  
no sabe.

Azul es su laguna.

Ardan, enrojezcan sus ojos,  
brotan de entre la llama  
si no pueden las aguas  
del cristal que refrescan,  
el desolado viaje,  
sólo el roer la líquida  
lápida donde imagen  
y pensar ya no encuentran,  
sin una flor siquiera  
que en el fluir proponga,  
aquí yace, fue triste  
o como veáis su tumba.

## 36

Las cosas desoyeron,  
entornaron sus puertas,  
no habían aún olvidado;  
sólo un gemido hería  
y no iban sus rostros,  
vestigios, aire roto  
de sombrío misterio.

Distante era,  
fugaba,  
casi cercano espacio.

Sorprendía la cumbre  
que nevaba, ascendía.

El frío dibujaba.

37

¿Qué nubes  
de maestro pico?

Ululan el hierro.

Perros de cintura  
ladran gotas,  
crujen,  
en chorro abalanzan.

Escuchad la caza  
del cuerpo  
tan triste,  
fulge en techo,  
arde.

Silencia,  
reúne,  
en su ojo yace.

Ardorosa palabra  
en este sol que amamos,  
tan liviano silencio;  
ave que nos prodiga  
sólo el abrir sus alas.  
¡Ah! si el alisio fuese  
el bergantín sonoro  
que has dormido en el lecho  
de tu arrullante lira,  
tal vez fuera este océano  
que flota, ha olvidado.  
Desamarré las brisas,  
arranqué las cadenas  
al huracán que hirviendo  
me iba helando,  
busqué, grité la forma  
de mi sopor y no hube  
ni tiniebla de habla,  
mansión donde la dicha  
una vez reconvino,  
abrazo que indicase.  
Altas columnas supe  
que apoyaban sus mentes  
en el mismo vacío  
y esperé, nave inquieta  
hasta que de las velas  
una señal,  
nuestras juntas sortijas  
desde Profundo, un templo  
o rayo azahar fundiendo.

Seráficos los dones,  
el tiempo de las aves  
entre el cielo y la tierra,  
la palabra que arquea  
cuando en su voz levanta,  
el gozo despertar.

¡Ah! el infante en su astro  
raudo de gracias, solo  
y el vacío de las cosas  
creciendo, guapo mozo.

¿Es en mí o en la bóveda  
que jamás se consume?

El silvestre aduanero  
apresura el enjambre,  
llama quedo, señala,  
ordena la modestia,  
paso al clarín temprano  
donde ardió la ventura.

Veamos si es el silbo  
quien divide el camino,  
va aclarando el deleite  
y el aguzado goce recoge  
el grano puro,  
el más sentido silo;  
colores en el nombre  
de la inmortal memoria  
que ahora brilla, convida  
a ese gentil asombro.

## 41

Es tiempo de mi casa,  
giró su rueda y dijo;  
tendió mi voluntad  
en ese asombro roto  
hasta juntar los cuerpos  
que allí mi ojo yacían;  
sólo observé el tumulto,  
sombras que allí faltaban,  
voces sin otro nombre  
que partir hacia sí;  
vi el contorno y el dilatado  
mimbres donde recomenzaban;  
trozaban los aleros  
de azul tan prodigioso  
que allí mismo el dorado  
deslizaba sus techos  
y el granate ya olía;  
arribé a sus sentidos  
aún sin saber un último  
caparazón de náufrago  
y en mi mano ya estaba  
tu mano, el encendido  
cuerpo del mediodía.

Aura joven nos guíe,  
fuerte ala del sueño;  
deduzca la paciencia  
que pueda la paciencia.

No arma la voluntad  
de la furia sus riscos  
ni las verdes llanuras  
del trino el eco tierno;  
gritamos un enjambre  
y no sabemos cuándo  
sonreirá la certeza;  
así el silencio,  
desboca, llama, espera,  
solloza el estampido  
su razón misma;  
mueven de esta columna  
los incansables miembros,  
el paso es cierto  
y pasado medita,  
alimenta las fraguas  
de toda condición;  
busquemos en sus ráfagas,  
posemos la memoria  
donde futuro anduvo;  
tal vez así un descanso  
podamos ofrecerle  
y ver a Cintia al carro  
de Apolo aún soñante.

Cálido es este asombro,  
no crujen sus cristales  
ni es camino del tiempo;  
nada aparece; el goce  
de ver todo en la nada  
une, llama y extiende  
cada región y hay luces  
más ricas y pobladas  
que en nada le desdican  
y el anhelo es el soplo  
con que se piensa eterno  
o a un costado le animas.

Vayamos, es Oriente,  
claro es él y seguro  
ya en tu sereno nombre.

Piensa, abre el goce  
en su propio infinito  
y en él encaminemos;  
grácil forma de oscuro  
tan luminoso en hechos,  
gruta misericordia.  
¿Ves la horda que acaba  
de atravesar sus cielos?  
¿Las cimientes cadenas  
donde el hierro sonríe?  
La indetenible lanza  
llora, no halla la casa  
que tan niña ha dejado;  
Hefestos, pobre Hefestos,  
no cesa y los relámpagos  
truenan su triste sombra,  
Mauthausen, los aullidos  
de la seca soberbia.

Mientras granan las ruinas  
donde creció la gloria  
nuestro rumor veamos;  
nos recibe, es amable,  
corre a reconocernos  
los hechos que ha guardado,  
más diestro jardinero.

Yérquete, yérquete,  
celebremos, celebremos,  
veamos estos túmulos  
renacer en sus liras,  
ardamos en sus cuerdas  
hasta que los refugios  
abran su faz, despierten,  
miren de sus cadenas,  
asciendan y prodiguen  
todo lo que el silencio.

¡Ah! las rocas  
donde fuimos llorados,  
líquenes rojos siembran  
su color cada día,  
cortan sus ramos, tiernos,  
tienden pálidos hielos.

47

Era el guerrero  
amado;  
en sombra anduvo  
herido,  
llegó hasta tus colinas.

Dos sepulturas tuvo.

48

¿Qué habrá en esa corona nupcial?  
¿Correrá bajo ella tu carroza?  
¿O iremos tan distantes  
en nuestro anillo?

Cómo callas  
¡oh! héroe;  
¿por qué el cenit caído?  
Polvo él en su tesoro,  
¿por qué en quejido, mudo?  
Sólo si faltas tiemble  
pecho, azor, poderío,  
la hierba un alto haga.

50

Dos pájaros durmientes.

¿Cuál en vuelo?

**51**

Temo,  
esta hoja dorada,  
se ahueca,  
me persigue.

Como gajos de la voluntad  
olían tus frutos y ni altura,  
ni abismo, ni valle, ni colina  
sorprendían como ellos;  
la onda, el movimiento  
que los vientos zarpaban  
y la quietud, el rastro  
que por mí desprendían.

Meditaba extranjero  
estas bellas razones  
y sólo una caricia sentía jugar;  
no hallaba la templanza  
que en lo oscuro me viese  
o en la luz secretease.

Desde un tiempo que no hube  
miraba yo tu casa  
y era feliz mi casa.

Todo espacio es el tiempo  
antes de la ceniza.  
Seguid llamas, arrullos  
con la única ternura  
que ahora ella habita;  
cuidad su sueño, ved  
si aún éste respira  
o algún deseo persigue.

Custodiad mi palabra  
así los cuatro nortes  
tengáis por siempre atados,  
los cuatro hondos ladridos.

¡Ah! dulcísima lágrima  
que veo correr por ti,  
¡ah! dulcísimo labio  
que apenas se estremece,  
ojos leves que cierran  
callan hacia mis ojos...

Todo es memoria,  
oíd, grite espacio esa queja.

55

Canta,  
nodriza de los rayos,  
que nutran  
su instantánea lechada.

Tú, a los prados vuelve.

Casi en el alba,  
tiéndete.

**56**

Aura joven nos guíe.

Cintia amable,  
eterna.

¿Qué murmullos, susurros?  
Hay día, hay noche,  
hay día,  
nace y crece la lumbre  
en su extrema belleza,  
cae su fruto, germina;  
el poderoso árbol  
de la salud sepulta  
aunque yazga pues vuelve,  
verdece, da el camino.

Nieblas, nieblas  
en los cuatro guardianes  
y sus capas lebreles,  
tristezas de Caronte.

Tristezas de Caronte  
aquí en los plenos reinos,  
macizos agujeros  
muertos en la piedad.

¿Lee la lejanía,  
niña que ha enarcado?  
Miradle los labios,  
sacadle del soplo,  
rozadle el color,  
disolved sus ojos,  
gañanes asombros,  
que lo suyo vean.

60

Brilla, esplende,  
capitán de los sellos.  
Una hebra dadme  
y una viga de mimbre.  
Mi labio pueda  
lo más frágil y atine.  
La sombra es eso,  
te mira ir  
y teje.

## 61

Ahora doblo el Ponto  
y me interno en sus selvas.  
¿Cuál tu límpida calle  
que alzas indiferente?  
Los días cierran sus puertas,  
alguien sacude esta sonaja,  
tiembla.

Pienso y no desdeño,  
arrimo bien y mal  
o lo que ya no existo,  
bebo mi onda, sumerjo,  
duele sobre mi hombro.

Mas, ven,  
toco estas maravillas  
en tu serena lápida  
y el buen cuervo profesa:  
si a una nave te atreves  
que seas tú mismo,  
allí el mar desconoce,  
será maravillado.

62

Gris se advierte  
y no canta su vuelo  
la luciérnaga;  
la araña desmadeja,  
no convierte su ovillo  
más razón que la tuya,  
pálida desvanece.

¿Existes?

¿Qué batalla acontece dentro mío,  
qué batalla?

¡Ah dioses!, es de lejos mi sombra;  
lanzas son estas ondas  
y otro escudo no tengo  
que esa luz que me llama.

¿Qué corceles navegan  
entre las mismas lanzas,  
qué voces las espadas  
de estas ondas que habito?  
No otro arco poseo  
que ese arco que me llama,  
ven mi gentil saeta.

En líquida memoria  
remaba allí el barquero,  
golpes de niebla pude  
entrever en tus labios.  
Había asomos trayendo  
en espaciosos cuencos  
fines o lejanía y pregunté  
al oído si era temor, certeza  
o el paso en esta orilla.  
Una serena hoja deslizaste  
y mi mano tocó esa fresca mano.

Entonces agrupando un trozo de los vientos  
jugueteaste; se oía ir el verano por tus dedos  
y en ramas sombrear el aire;  
recordé los vigías, doblaban los atajos  
y era el tiempo cercano;  
leyó un trueno su niño;  
piensa, tiempo es de bayas,  
en lo alto juega, piensa;  
arqueaste el instante tan feliz de tu cuello  
para oír el silencio,  
un arrullo en tus labios;  
el galgo soplo andaba,  
el arqueado lomo de los sueños, ¿de caza?

Que caiga, vuele el talón en fruto  
y estos tallos se cierren,  
entornen las ventanas  
de su hoguera, detengan,  
piensen, piensen sus puertas  
y veamos sus cabezas,  
sobre el lecho, apacibles.

67

Mullida sombra olía  
al caer de tus párpados,  
nada más que el tenderse  
del olvido que somos  
y correr a ese hijo.

Un grito desoía.

Pasaba la memoria.

Soñad, el abejorro  
toca su ronda, esculpe  
agua ya más tranquila;  
tu gesto mordisquea;  
queda el nido sonriendo.

Vuela, libre cordaje.

¿Por qué herir?,  
aún la misericordia a ese fugaz,  
¿herir?, vacío rostro a la sombra  
de ese rostro vacío.

Soñad, trenzad mi mano  
y este espejo asombremos;  
tal vez tan sólo seamos  
lo no existido; vuela,  
libre cordaje.

Pétreas dagas en los pétreos gemidos  
de la consolación,  
huyentes inaudibles, cegadas transparencias,  
caminantes, ya solos;  
¿será acá o allá o mínima o extensa  
gota que nos recuerda,  
llama y es el comienzo?  
Desdecir si hay corriente de verdad  
en la huella no es hallar;  
divísenme las alas de tus rompientes,  
guén, agítese la dicha,  
corra a mí, reme a ti;  
more quietud si es techo,  
si mente lumbre, more.

Velas al seto del cardinal velero  
que siembra a Oriente,  
ni rumbo o sombra aquí,  
traspasos que ha vaciado  
la igualdad, la fortuna  
de quien ha sido y dado  
pues has llenado todo.

71

Se descuelga la onda de su rama  
y en fruto ya maduro oigo abrir el sonido;  
¿abierta espuma o trueno o roca que su cáscara  
expande o flota o danza  
cierra contra los vientos?

Llegué a mi oído y hube  
y allí albergue reíste.

Bellísimo canto fue hilando,  
sin rostro ni forma fue hilando;  
no es este el páramo de aguas  
que pueda herir a los ojos,  
ni aun nacimiento;  
viértete, salta de estas rocas bicornes,  
aflige la espuma,  
olvida tu nave en la mente.

73

Bellísimo canto fue hilando,  
un capullo lento...  
Reíste; nada;  
nada, eco, nada...  
la sombra del lejos;  
reíste;  
la noche colgaba en su rama.

En lo alto juego,  
pienso, juego, pienso;  
en lo alto, colina o vallado;  
al pecho he subido,  
corrido un momento  
junto a lo deseado,  
mirado, corrido,  
sin puertas mi paso,  
abiertas tus puertas.

75

Ahora doblo el Ponto;  
la gaviota del vino  
vaciando el pez,  
el frágil  
saco de firmamento.

Buen oído el camino  
de estas aguas,  
susurran las amables leyendas  
que leen aún sus ondas  
o aquellos que entre sueños  
corren por la memoria  
o solamente borran  
todo vestigio y dejan  
que avance por la mente  
el aliviado olvido  
o su fruto, ese abismo,  
nuestra única casa.

77

Azul es el encaje,  
el timón de lo ido;  
verde amarillo, rojo,  
tan sólo ese descanso,  
ese instante que duerme.

Nada a este óvalo que huye;  
verde amarillo hunden  
sus brazos, siembran,  
desmontan hasta el último  
fulgor que da la noche  
y el día otra vez,  
la nave,  
una mínima hoja  
que cae estremeciendo.

El mismo árbol ¿silencias?  
Mientras alejo, ven,  
que estas frondas animen,  
arrullen en el soplo  
que de tus ojos riela.

Plata o marfil al borde  
del chorreante lomo  
que parte, da la guía  
sólo al labio que hunde  
sus ojos, ya sonrientes,  
ya en ti el timón que halla.

**81**

¡Ah! Cintia, ven del mármol;  
vive, plateada caricia  
más allá, más allá,  
construye, haz el sueño.

¿Qué oigo, qué apaciguo?  
¿Acaso el cuerpo en los bellos sentidos?  
¿Acaso estos en su liberación?  
¿Qué uno, qué aspiro?  
¡Ah! dulce enjambre  
que trae a mí sus mieles  
les sirve en nuestra mesa,  
habla al silencio tan cuidados deleites.

83

Seguid, anillo,  
bóveda anudada a tu ave tan dulce,  
instante que flota,  
siervo serenísimo de tu propia casa.

¡Ah! verde sonido,  
¿escuchas tus pájaros  
desde su garganta  
y el fruto que estallan  
cuando transparentan?  
Sólo el día o la noche  
son su sobrio oído,  
pueden en su viaje  
gozar esa sombra,  
recordar al árbol  
donde han reposado,  
callado el camino,  
descifrado el ojo  
que mira, pues ¿dónde  
podríamos hallarle  
si no en esa gota  
donde unidos vense  
ya en sí traspasando?

85

Como las cabras  
salta el viento  
en las rocas;  
su hato es fuerte;  
a veces en susurro  
mueve su cornamenta.

Tiembla el espanto,  
hay gritos,  
golpea el astro navío,  
mas aún, amada, hay torres  
aunque en mi mente ahora  
dos péndulos distinga  
irse al viento apagando.

87

Tierna, tierna Medea,  
he caminado tanto como tú,  
¡oh! alivios,  
dioses, dioses crueles.

¿Qué hemos visto  
por estos caminos que nos huyen?

88

Tu sandalia en las zarzas  
duele;  
sangra mi paso,  
el pecho  
se me ha hecho extranjero.

**Ella**

¿Dónde huyeron los vientos  
cuando tristes  
los espacios flotaron?  
Callado fue el sonido,  
partió,  
aquí las lágrimas.

Seguid, seguid remeros.

Flotaba el tiempo,  
el día  
sobre aquellas molduras;  
en largo hilo dejaba  
cantar a sus colores.

¿Dónde huyeron los vientos?

¿Y la roca de agua  
que subía a mirarla,  
lo profundo en los hilos  
de su final cortina?

¡Ah! si el tiempo llegara  
caballero en planicie  
volviendo los atajos  
a sus ojos,  
buscara.

¡Seguid, seguid remeros!

Estos son los espacios,  
sólo que ahora rotos.

¿Qué tormentas son esas?  
¿Bandadas de la hondura?  
¿Alturas que han llegado  
hasta verter y ahora  
en sus vasijas, secas?

Dadme esos chorros  
solos, que fluyan;  
el aire en mimbre  
pueda recogerles, sentirles,  
tejer de sus caricias  
y verles cómo duermen.

## 91

Óvalo desolado  
en este mar  
del hombre.

Engañoso  
ha dado vuelta así,  
en sí ha quedado.

Pero es mozo sereno,  
tal vez por siempre  
triste.

No apaguéis en el hilo  
que ella os ofrece,  
ni cortéis su labranza.

Venid a esta hoguera,  
haced la ronda.

Corre el cuerpo de leña  
en sangre roja,  
sangre de salmo  
en gracia  
a su victoria.

Chispea su arroyo  
en ráfaga,  
le encima,  
atrapa,  
su cabrillo más fino  
que en sombra salta.

Venid a esta hoguera,  
haced la ronda,  
canten nuestros carbones  
entre su llama.

Cuando el viento olfatea  
y en troncos de aire  
saltan los ciervos,  
miran sus cornamentas,  
¿dónde habrá de poblarse  
el huracán?  
El paciente vilano  
que vemos sorprendido  
bien puede conducir.

Era aquella la chispa  
de la que hablabas  
fijando al horizonte.  
No encendía tu cesta  
aunque allí la guardases  
y sigiloso iba  
a mirar aquel niño.  
Sonreía aún dormido.  
Flotaba, despertando  
el terreno allá abajo.

Me oía llamado  
y junto a mí  
tu rostro  
que él callaba,  
más lúcido.

A veces, ante el sol  
de una hebra tejías,  
bromeabas aspa aguja  
deslizando en el viento  
sin saltar de tu tela  
lo que en ella pensaba.

Un abanico iría  
a otro ardor,  
apoyaría el desmayo  
o apagaría en los labios  
distráido, olvidado.

¿Qué venia inclina, abriga,  
colorea este gesto o cascada  
que entreoigo, rueda verdad  
o en su bello torrente  
mira las voces  
donde ahora cristalina?;  
¿corres en rayo, aquietas,  
ríes, desapareces?;  
¿saltas en júbilo  
a este tablado mío?

El Monte de las Gracias,  
la araña ardiente  
en vilo, cacareando;  
el tigre  
línea en curva  
a plumas blancas.

Tendida águila en soplo  
aquí dejadme,  
haced de mí la hebra  
en esta cima,  
un ojal a su aguja  
en sombra blanca;  
su mano riegue,  
leve,  
en tela azul de altura  
al sueño llegue.

Reíste, ardilla ardiente,  
en mí esbelta reíste.

Era otoño, doraba,  
el manantial del pájaro  
bogaba hacia occidente.

¿Fornidos nadadores  
llegáis de Troya?  
¿Habéis visto el Erebo?  
¿Qué rostro le designa  
el encuentro a su mano  
cuando extranjero avanza,  
ofrece en bien su casa?

¿Dona su hogar  
y hay viandas  
niñas en sus palabras?

¿Ama?  
Dama es su honor  
y el trino  
de la estrella le oculta;  
no viviría  
sin esa virtud;  
grave señor,  
ligero,  
tal vez insista  
y marche  
bien servido el camino.

Su reino sufre;  
heraldos han venido  
y con ellos presente.

97

Entonces, desde el tiempo,  
la inabarcable ave  
de las transformaciones.

Seguid voces volátiles  
con collares acaso meditantes;  
el bostezo de un día  
que ha crecido y regresa,  
ve vuestras nuca,  
tenuemente acomoda su cuerpo  
en esos visos  
que acodados desgranar,  
van separando el tiempo,  
la trilla donde doran.

¡Ah! ese chorro madero  
que alza de sus costados  
y en el gozo jinete  
onda a onda desmonta,  
brisa del cabeceo  
que en la silla sucede  
antes que el lecho sirva  
su festín, esa turba  
de acariciantes horas.

Todo, nada anochece, atisbo,  
es el coloso búho poniente,  
fornido en el lamento  
juega salvo, sonríe,  
¿Selene, Apolo, Augusto?;  
serena breve mía,  
no temas sus visiones  
ni esculpas, fijas, huyas,  
deja que los prodigios  
puedan ver este mundo,  
presientan, den el aura  
que destruye, ilumina.

## 100

Ven, vayamos, sí, vayamos;  
a las puertas del Padre  
hemos visto,  
puertas desnudas donde glorificamos.

Bajo este sol frondoso  
un descanso apoyemos,  
veamos cómo el viento  
hace caer las horas  
ya secas, por nosotros,  
dora en estremecer  
nuestros cálidos cuerpos.

# Las Águilas de la Tristeza

*A María Zulma Álvarez,  
mi esposa.*



## Incendias de lo oscuro

Incendias de lo oscuro  
y no veo la verdad.  
Confuso es el espacio  
que llega a sostenerme.  
Me recuesta una lámina  
allá lejos,  
un antiguo bosquejo  
de cuando eras.

La mano que me tiendes  
fue cierta en el camino  
que aún no he transitado;  
le exiges entre el brillo  
la altura donde cabe  
sin duda el alba pálida  
en que apoyas y dueles;  
osa al azul violento  
en su ajuar ya tan dulce  
cuando más cerca sientes  
que he desaparecido.

## ¿Piensas, riges?

¿Piensas, riges?  
¿Rasgas al tacto amante  
el lecho donde has sido?

Acial venado en saltos  
que del tiempo desprende,  
cae así su cornisa,  
el buhonero viaje  
y altivo nada rinde  
así el astro dispuesto  
para el hogar vacíe  
de sus rayos la sombra,  
la reciente sandalia,  
la espléndida barbilla  
del iniciante día.

Ve, pues.  
Erija en don la duda,  
no apague el caminante.

Veo en mí los desbordes  
del confundido hueso  
tras la cóncava gracia  
que ha herido, no comprende,  
oficio lejanía tan deseado al triste.

## Leva el túmulo

Aclara, leva el túmulo  
donde habito o apenas  
formo la escasa hierba  
que le guarda, le oye  
y el ciprés venerado  
que el sol ocaso enciende  
cuando entreabres las puertas  
de mi gozo, silencio,  
da sus amados frutos,  
las levísimas aves de la espera,  
la ausencia.

Lejana es la osadía  
de ese instante perpetuo  
que en esta perla única  
que gira nuestro océano  
vuelve a dar los caminos  
donde anima este mundo.

## Cómo encendían las naves

Cómo encendían las naves  
el agua, niebla llama;  
las hornallas del viaje  
hervían abundantes,  
los tronquillos de olas  
y de surcos corrían,  
soberanos atletas del fuego  
y entre el humo  
a veces un descanso  
al verdor de su tallo,  
una molicie ojeada  
a su íntima pradera.  
A babor la canción  
de los nómadas vientos  
no cesaba, fluía  
y de su huella el caldo  
de los días empinaba  
su casa, más robusta.

Iban.

Los ríos del hogar  
a la excelsa ceniza.

## ¿De dónde llega?

¿De dónde llega  
la voz de ese quejido  
que escala el aire  
tumbándose imposible?  
¿Quién allí le ha dejado  
y sigue alimentando?  
Se acerca y disminuye  
como si de las lágrimas  
fuese el desprendimiento  
y en el vacío que cae  
se oculta y no percibo  
más que el tiempo que ausenta,  
breve sombra que a tientas  
apenas huyo, arribo,  
levanta hacia su frente  
otro espacio que existo,  
sonríe, me contempla,  
extiende en don sus brazos,  
llora en mis ojos  
los más bellos jardines.

## Tan distante

Tan distante es la rueda,  
susurró, cuatro abismos le guardan  
y no hay puerta en los ojos  
de estos graves gigantes.  
Vio el frío que venía  
a suplicar consuelo,  
a mendigar un poco  
de las secas corrientes.  
Hiel oscuro, predijo,  
y quienes contemplaban  
esta sentida ráfaga  
cayeron, mansas filas  
al dolor que sufrían  
sus desprovistas formas.

Nada, ni el ir previendo  
o avanzando el perdido  
ojo donde redimes;  
cuenca floral que agota,  
balbuceó.

Hubo sonoro espacio,  
tal vez húmedos párpados  
que flotando buscaban.

Era allí, recordó;  
el redimido trueno  
jugaba por su mente.

## La mansión silenciosa

Nada en los huesos  
de la piedad,  
la mansión silenciosa,  
la de ojos postrados.  
Más allá de la escala  
de Jacob, en subienda,  
el de grietas profundas,  
el gris, herido anillo.  
Más allá,  
en el ánfora negra.  
Seco el camino de los lagos,  
la húmeda voz de los jardines.  
Seco el barquero en su retumbo,  
sin muerte,  
dado quieto,  
sin muerte.  
¡Oh! más allá...  
En el gesto del santo  
el túmulo entreabriendo.

Si la rueda en pendón  
trozando flameara  
lejos cercanos,  
buenos amigos al abrazo,  
torres de labios cálidos y linos  
blancos hasta el deseo  
no harían los precipicios  
sus moradas tan solas,  
sin altares, sin canto,  
la frente de lo oscuro  
precipitando siempre.

## Cuadro

Cóndores en albatros  
cuando encienden los riscos  
las tormentas y en alas  
de poderosos fuegos  
rompen en sus llanuras,  
juegan en los senderos  
de los truenos profundos,  
el rastro de los vientos;  
corpóreos manantiales  
vaciando en estampidas  
sus pavorosos toros,  
el escarpado sueño...

Perdidas rosas tiernas,  
el sacro Minotauro  
a un costado del tiempo,  
sombrió insepulto al lomo  
de su insepulta niebla.

Pliega la codorniz  
su aire, libra el remo  
a su oculta corriente,  
empuña el vivo faro  
que corre a sus criaturas.

Venid, ved estas formas  
bajo el plácido cuadro  
que habita, centellea,  
el poderoso techo  
que mira cómo empluman  
sus polluelos su casa,  
mientras ase el abismo  
con que les alimenta.

## Breves palabras

Breves palabras para el susurrante.  
Aquí es la casa de los allegados,  
los aún desprovistos,  
los vastos sorprendidos,  
los guías mensajeros,  
los fantasmas polluelos  
en las cabalgaduras  
de los días ya muertos,  
los sin fin en el vuelo  
del sueño que todo abre.  
Aquí es la casa de los allegados.

Crece la espiga del dedal,  
encurva la invisible bondad  
que el cuello dora  
al ir del hilo al sueño,  
galgo amable  
tras la presa que flota.

Agua rota en la piedra  
para los condenados,  
sombra rota en la piedra.  
Aquí es la casa,  
rojo ahora en su águila  
desterrada, muriente.

¡Ah! la mano que hendiendo  
más allá, desolada,  
el morral del vagido,  
lo sombrío en su caja.

## **¡Ah! vosotras**

¡Ah! vosotras,  
tan prepotentes blusas blancas  
que a la paloma  
oscuro vuelo  
dais como canto.

Y de las rejas que apartando  
parecerían libre espacio  
no se oye el ruido  
de la paja;  
el tintineo de pichones  
al picoteo azul que calla.

Riega la sombra su árbol verde,  
la rama seca poda, gime.

Grito aleteo por el reino.

El coro cierto llora,  
espanta.

## Los días

Como diamantes se desgajan,  
ruedan a un sombrío atributo,  
perlas sobre la palma  
aún secreta, volcando;  
la algarabía infinita  
al infinito paño.

¡Ah! navíos que han visto  
esa sombra radiante,  
los puertos tenues, lejos.

El escribiente asombro  
que ve sobre su mesa  
la jugada en acecho.

En la sagrada casa  
cantad crucificados  
el padecido nombre.

## Sacude el lomo

Sacude el lomo el triste,  
tal vez en rayos sea  
su descanso o le acuda  
ya por el mediodía  
el sistro de la tarde.  
El desdoblado dardo  
de su sombra aún errante  
a la fimbria cadena  
que sopla, ciega, tañe.  
Arrulla un alto oficio  
y de la amada ruta  
alborozos acantos,  
suspensos aires libres  
por el mármol flotante.  
Y el espigado sueño  
de una gota que abre.

## Patio

Llegaban del tejado.  
Cinco picos brillantes.  
En la gran explanada,  
fugándonos en trozos,  
diminutos arietes  
titilantes, en velos,  
caían de montículos,  
brisa azul,  
seda lenta que hilando  
helaba por nosotros.

Algo aún sin espacio  
movía en quietud.  
Corríamos dispersos  
cuerpo a la vasta bóveda  
que cerraba, fluía.

Así, entonces,  
desde los meditantes,  
el traspaso volátil  
al levísimo llanto  
que alumbraba el camino,  
hoz granero, mirando.  
En lo oscuro, escondido,  
otro veloz más lento  
y desde sus orillas  
pronto hacia sus corrientes  
el vigía de una gota  
pestañeante, hiriente,  
sólo al desprendimiento.

## El salón de baile

Caes,  
el tallo ahí dejas.

Le visten ahora  
luciérnagas sedas  
al desmoronarse.

El salón de baile  
recoge, alumbra,  
da cuello a la noche,  
oye de los brazos  
y el veloz silencio  
que al rostro asemeja  
no calla,  
pecho recostado  
si es en el susurro  
cuando nos golpea  
al ir disolviendo.

## Venid, fermentos

Venid, fermentos,  
refugiémonos.  
Acercan los solemnes,  
mancas muletas  
o desbordantes tiaras  
de estos míseros pueblos.  
Cojean los leños  
de la enferma ceniza.  
No cantan  
sino un ocre gemido  
cuando quiebran las brasas.  
Un tambor en refriega  
levanta de su llano  
los verdores del toro  
y al compás de ese cuero  
ya muerto, las cervices  
de castos matadores.  
Gestos de gloria  
en pastos burbujeantes,  
los cuidados toneles  
de la razón,  
la espumante virtud,  
más añeja,  
el cristal donde habita,  
verdad donde se duelen  
los cuidados, ocultan.

## El devenir sucede

¡Ah! los ríos del viento  
con las puertas abiertas  
y piadosas ventanas  
aún tan melancólicas.  
Asomadas, qué pueden  
decirnos si la búsqueda  
esconde entre el granizo,  
ama desde la niebla.

El devenir sucede.

Algún rayo es la rosa  
que puede ser,  
el labio que entreabre,  
apenas dice, tiembla.

## Si el arquero

Si el arquero en colina  
onda u otra fortuna  
del movimiento, hallas,  
su alejado destino  
¿podríamos ver?;  
asir hondo el sentido  
que aún nos desconoce,  
encontrarse y mirando  
desde donde procede  
transparentar la Gracia  
hasta ese canto último  
aún inacabado  
y regresando juntos  
tal vez hasta el espejo  
que el instante detiene  
antes que el curso borre  
en otra hondura  
y se oiga el arroyo surtiendo,  
¿podríamos comprender?

Designios por la huella  
titilante que en piedra  
evaporada y única  
busca su llano,  
guía seguro al sueño  
sin más visión que el tiempo  
allí infinito, solo,  
la flama entre la flama  
de la vida y la muerte.

## ¿Cuál forma representas?

No veo el aire de las ocasiones  
ni el fuego donde anima  
la tormenta que fragua  
niño de piedra y duerme.  
El tallo de los lechos no hallo  
ni el crecer que le llame.  
El labio de las sábanas  
seca hoja es. Así la hora  
que traías en el paso  
soltabas y mirando  
cómo se iba extendiendo  
cambiabas a su mueca  
rientes orillas, voces,  
barrancos moradores  
de saltimbanquis guiños,  
mientras de la butaca  
de aire que estremecías  
veías a los telones  
callando, recubriendo  
el aplauso vacío.

## Las mansiones

Alas de roca,  
ecos,  
doblada luz goteante.

Las mansiones se han ido.  
Niñas horas ancianas  
palidecen, se llevan  
las últimas visiones.  
Puertas que se abren,  
huyen,  
ventanas que nos miran  
y en la fulmínea risa  
de una palabra escapan.

Las mansiones se han ido.  
Huecos, huecos de aire  
y tejados cisternas  
sin la alumbrante agua,  
la barca de la mano  
que se recoge, acerca,  
rema al sentido yermo  
que le oye, compadece.

## Los que nunca han tocado

Los que nunca han tocado  
en la provincia de los sucesos  
como en la Kaaba  
los poderosos ángeles,  
no han llegado al Destino.  
Vagan aún sin sombra.  
Negros vestidos  
de colores  
abundando su agua  
entre solemnes rápidos  
de bien pulida piedra,  
lejos de las orillas  
de devastado rostro,  
hombros sepultos  
entre los arco iris  
que la brillante mesa  
balancea cuando ellos  
caen de sus mendrugos,  
vacía el tizón...,  
ascienden al tablado,  
sin huellas, manantiales  
donde al beber las cuencas  
del agua reaparecen.

## ¿Quién desde las bellotas?

¿Quién desde las bellotas  
curva el peso, le extiende?  
Destreza amarillenta  
donde aúna la nieve,  
su propio sueño, ocurre.  
Y del vaivén el manto,  
el razonado arcángel  
donde al final se apaga.

Aves del cielo  
por el color que diáfano  
mira cómo le ausentan,  
a otra región le vuelven,  
tal vez las callejuelas  
de un venidero tiempo,  
un eco que ha sentido  
que sus columnas, rotas,  
dan al ojo abismado  
otro esplendor, el ascua  
que bogará sin duda  
otro bello fulgor.

Fluye la abeja de lo dicho  
y entrambos punzón o almíbar,  
derrama sus caballos  
por la huida pradera  
que la gota detiene,  
la animosa figura  
que esa dulce corona  
más brevísima entonces  
abre de azul, resuena, tira el abismo  
tal vez entre sus lágrimas.

¿Qué veríamos entonces  
si no la inacabada  
rompiente que golpea?  
Sin duda días más cálidos  
pensándonos dulcísimos,  
rocas sentadas  
viendo correr el agua.

La razón de un ovillo  
que a tejer se dispone  
y ve cómo su mente  
es finísimo lienzo  
nos acierta en el canto  
de la hebra, desune  
quietud y muerte.  
Entonces la rapaz  
muestra al oído el ojo,  
donde atizan los brillos,  
los sagrados halcones,  
profundas hondonadas  
del huidizo alimento  
cuando el horno encendido  
de la noche provee  
y en el recogimiento  
de los lindes, espacios,  
festejos de carbones,  
hechos del porvenir  
o la oscura, esplendente  
rompiente donde apaga,  
duerme sin duda, duele,  
la plácida anunciante  
en su asombro:  
el oceánico,  
supremo hijo,  
lejos.

## Lleva el vilano

Lleva el vilano  
un eco pobre  
para la casa  
del vacío.  
Puerta de viento  
gira, dice,  
se oye en la voz  
que llama, gime.

Adentro sopla  
en su mortaja  
la fragua sola.  
El lento anima  
en fosa, prende,  
abriga en blanco,  
niebla, duerme.

## La rota sombra

La rota sombra del ópalo  
que desde tu oreja acaricia  
en una helada corriente  
me nubla.  
Golpea remota otros seres...  
un lento socorro de agua,  
mirada, descanso.

Hechos hay en la sola  
prontitud de una lágrima  
si ha callado el amante  
o la cerviz del llanto  
aún hala, forma dulce.

Talo ahora los trozos  
y recojo el poniente.  
No estás.  
Sólo el murmullo  
que al moverse recorta  
en la seda más fina  
su vado, y le alimenta  
con la onda que cae  
de tu cuerpo y fallece.

## Nada por estos cuerpos

Nada por estos cuerpos,  
el árbol que despide,  
la avellana llanura  
que se va desprendiendo.  
Las grietas del rojizo,  
el vaso de avalancha  
río de blanco, desliendo.  
Los témpanos de ocaso  
ya construido el día.  
Nada por estos cuerpos,  
yazgo aquí... yazgo aquí.

Sopla en el horizonte  
horizonte su concha,  
emprende turbulencia  
su camino, reúne  
los hambrientos legajos  
y del pálido oro  
sola en su ajuar la mente,  
sin comprender apenas  
los alejados ojos  
cuando al abrir los párpados  
oye cantar de nuevo,  
mira partir su niño.

Vastos, amados círculos  
alargando en la gota  
la pendiente verdad  
que el cordel suelta, hunde.

Y del violento charco  
de sus tinajas,  
soles, disparos, duendes,  
la orilla que tocamos  
al ladrido buhonero  
donde el viaje prosigue.

## Calmos rayos

Qué atroces, calmos rayos  
tras las constelaciones;  
se han ido,  
muerto el foso del sagrado perpetuo;  
algún águila en sueño,  
un lejano ladrido,  
el hornillo que calza  
su pie, llama los rayos  
a la caza infinita.  
Ya ascienden, corren, unen  
en dispersa jauría,  
acorralan el cuenco  
profundo donde otean  
las pacíficas flamas,  
la edad de oro,  
las vastas cornamentas  
donde al final suceden,  
dan rondas a la noche,  
tocan la roja lumbre  
donde les sacrifican.

## Ahora del navío

¿Qué ha coloreado,  
bebido en nuestra joya?  
La alta voz de septiembre  
se alza, suena el júbilo,  
arranca de lo lívido  
todo olvido, engasta.

Del fin de las palomas  
se oye el humo,  
poblado de ventanas  
que a las alas se lanzan  
y rojizo chasquido que llega,  
dora el vientre,  
ve amamantar sus puertas,  
aviva los tizones,  
toca en leve, levanta.

Crece en rastro este aro  
donde apoya, expande  
ahora del navío  
donde va sucediendo.

## La inconfundible

La inconfundible zarpa  
cuando llega es lejana;  
no sabe o no predice;  
deshace el vasto alivio  
de una mínima gota  
y allí encamina,  
rema del tejido lamento.

Límpida desnudez  
del agua cuando hundiendo  
su susurro en la piedra  
ve sus hilos jugando  
y cierta ya, en jolgorio  
desdobra hasta que el brillo  
sólo es su cuerpo errante;  
el apiadado enjambre  
que baja del seráfico,  
bulle a ese templo,  
abre, toda visión.

## Hemos cantado

Hemos cantado,  
en arzones urdido  
nuestro ruego.

Debajo de los puentes  
las pilastras del frío  
meditando los cuerpos,  
las cuchillas ventiscas  
en sus desarrapados  
ciclones, niños muertos  
entre los agujeros  
de sus prendas desnudas.

Sueños entre las arcas  
que conmueven, aúnan  
tal vez la niebla al ramo  
cayente donde cálidos  
creen su niño,  
vuelan entre los pasos  
a la adulta razón.

Sube el susurro  
pues los muros no ceden,  
el trino caballete,  
el desbordante pájaro  
en copos que retumban,  
traen del horizonte,  
animan de los hombros  
las miradas que flotan,  
posan, callan, suceden.

Soleado es el gesto del domo,  
la corriente que dora.  
Corre el atardecer,  
le habita,  
desmigaja a esta taza vacía.

¿Tocas el humo,  
cada porción que entrega?  
Siempre de sus tizones  
animando a otra danza  
que en lumbre sombra sirve.

Y del tronco que ensanchan  
las pavesas del búho  
al ojo de sus ramas,  
la inmensa noche, abierta,  
gustando de sus sorbos.

## ¿Por qué, ¡ah! Capitanes?

¿Por qué, ¡ah! Capitanes,  
yacen estas moradas?,  
no hay brillo en sus chisteras  
cuando el sable era aún ámbar,  
corría la cisterna del gallo  
a dar su agua,  
cantaban por la moza  
los sueños, bellos astros  
en sus botas celestes  
y el clarín, ese océano  
entre la luz naciente.

Zumban estos tejados  
en sus cuencas, lastiman;  
desde el pecho  
que bien ha protegido  
no miran y los trozos  
caídos, de aire seco  
no ciñen, no pronuncian,  
sin su sombra se han ido.

Columnas de geranios ausentes,  
la solitaria hierba  
y astillas de algún patio.

El correr divisante  
que llega cuando parte  
en fila el buen momento,  
el umbral de lo lejos  
en su paciente puerta.

## **Pensadora tristeza**

Duele el pronto relámpago  
si es suya la tormenta,  
el ceniciento trueno,  
retira a la memoria,  
pierde allí, ojo inmenso  
donde sepulta, duerme.

Pensadora tristeza,  
si de las codornices  
la gentil sombra vuela  
queda en sus manos sola  
la aguja y es ahora  
el temblor que desea;  
no puedo  
más vida ni deseo.

El festón que seguro  
cuando de la textura  
del viento llueva el rostro  
de una proeza amada  
y el ala de las cosas  
vuelva a jugar su cuerpo.

Llamados, leves fértiles  
al rodar distraído  
de lo que nos advierte.

Animo. Vuelvo al tiempo.

Por las cumbres los hechos  
del murmullo que habitan,  
errantes sus columnas,  
sin despertar.

## El cuatralbo

El cuatralbo,  
viento de las praderas,  
no oye el simún,  
ronronea  
su galope en las cumbres  
imitándole.

Más poderosos riscos  
arrancan de las crestas,  
tiran sus aros  
y entre voces oscuras  
columpian los arroyos  
de la piedad.

¡Ah! tú de los navíos,  
sube hasta lo íntimo,  
haz el ave  
entre su regocijo,  
vibra los aparejos  
de la espuma colmada.

Entre el verde resonar  
la caída del aéreo errante,  
el custodio a las puertas  
de la orfandad.  
O esa brisa colina  
que del ciervo desprende,  
el casco donde flota,  
curva, desaparece.

## A los huertos fui

A los huertos fui,  
caminé el espacio de aroma  
que alzaba. Diluido era,  
casi distraído andar que perdido  
nada desoía.

Un alto de pronto se desmoronaba  
en sombra de ave  
o corría el terreno de su cuerpo.  
De lo aleteante se veía la fruta  
de un panal dorando,  
zumbido en cortezas  
o casi el espejo que el agua recoge  
cuando entre sus manos  
un trozo de sol redondea.

Y allí no se calma  
aunque sienta el juego correr  
y cansarle una espesa nube  
y la lluvia llegue,  
levante entre tallos al inquieto niño,  
le abrigue otro rostro  
entre lo que queda  
de ausente en nosotros.

## Al mediodía el aroma

Al mediodía el aroma  
se siente dividido.  
Los cuatro, cardinales espíritus,  
bajan desde la hondura.  
Redondea el metal  
y ante esos cascots mira  
el plato azul. Recuerdo,  
en tu inocencia  
cuando nos deparábamos  
el filo más agudo  
y a la risa cortábamos  
su cáscara, exprimiendo.  
Había dudas, si el día  
había vuelto a su lecho  
o la luz demorado.  
Desde los caminantes  
que a veces detenían  
en un corto saludo  
nos veíamos salir.  
Llevaban su cosecha.  
Y nuestras dos espigas  
los dedos enlazados  
devolvían el regreso  
a las trojes, en fardos  
de más digno trabajo.

## Lo esperado

Han abierto estas páginas  
lo esperado, leído.  
Acá tu agua, tus viandas.  
Aún es cálido el humo  
que desprenden las sábanas,  
sonriente aún el lecho.  
Mira, toca este aire,  
tuyas son las palabras  
del hogar, el silencio  
que afuera el grillo lleva.  
Dispone de la noche  
que el sueño acá nos trae  
y del alba que anuncia.  
Dos caminos la luz  
te ha elegido, extranjero;  
llamarán cuando Cintia  
frente a Aurora se una  
y suelten el alado  
resplandor con que Febo  
enciende nuestra casa.  
Veréis la oscura noche  
que encamina hacia el humo  
o la hermosa tiniebla  
cuyas huellas relucen  
tan sólo los joyeles  
que abismo abre,  
Titanes  
donde la muerte ha muerto,  
no sabe o se refugia.

## Abro el fin

Abro el fin;  
has dicho y no he rosado  
el vocablo que existes;  
¿blanco donde aún andante?,  
¿oscuro u otro vuelo?

Silencio tintineo  
a mis tristes colores  
que siento ahora al cauce  
del arroyo buscado;  
piedra seca que extiende  
hasta perder sus alas,  
llamar lo que apacible  
dibuja en aire, guarda.

La bella sombra ardida  
en el halo que ha visto,  
la fugitiva aurora  
deshabitada, lejos.

En lo callado armo  
mi casa, la alimento,  
doy a su rostro  
gozo, quietud,  
guardas que erijo  
si volvieses hallada  
por lo desconocido.

## Porfiados barracones

Porfiados barracones  
donde al fin yo tumbaba  
tu sombra.

Demoraba la brasa  
en extender el lino  
y dar el nombre último.  
Volvía a recrearse  
y sentíamos los pájaros  
antes que el tronco huyera  
a la fosa sombría,  
quebrara su hebra única,  
partiera el ave oscura.  
No fúnebre rocío  
hasta esta congoja,  
hora al aspa verdor.

Eran cabalgaduras de marfil,  
dominantes apuestas  
en brechas de cerrojos  
ululando horas prontas.

Soltamos las amarras  
en el gajo propicio,  
subían y bajaban las ramas  
sus escollos  
jugando los plisados  
verdeazules suavísimos.  
Secreteaste a mi oído  
una selecta brisa  
y fuimos por un velo

más azul que ondulaba  
la voluntad segura  
de algún dios, esos días  
tan amados que ellos  
separan con sus dedos,  
como el lienzo más puro,  
nos dan  
y es otro sueño.

Doblegamos la espuma  
en un hilo más fino  
que podía alargarse  
no en viento hacia las playas,  
— antiguas tejedoras —,  
sólo de las mareas  
cuando en las crestas tañe  
las bellas vestiduras  
con que toca y protege,  
el alumbrado sistro  
que dirige y demora  
el tiempo de las cosas  
mostrándoles el arco  
de su niñez  
y un grito es el comienzo  
y otro el final.

Entonces  
la gran ave corpórea  
se hundió en colina  
y fuimos  
despacio tan serenos,  
apenas agitados  
por el solo nacer.

Y pensadores ecos  
con cuidado acercando,  
veloces mas distantes,  
ojivas, transparencias.

El comprensivo vuelo  
que posa un foso oímos,  
tan suave olvido que otros  
eran ya nuestros límites  
y al emprender cerraba  
hacia otra oscuridad.  
Dando contra los vuelcos  
de donde proveníamos  
pude argüir  
un salmo en que dolientes  
en barcas ya cansadas,  
sin la bella aspereza  
de la esperanza  
o el nudo que profiere  
la voz final.

Paciente era la casa,  
gota de cuello lento.  
Sólo el color de un vaso  
que se deslíe  
y en él todo se expande.  
¡Ah! y los acres peldaños  
huyen  
y los pasos de muerte  
y en jarrón los colores  
van inclinando, plumones  
hacia el rojo brevísimo.

Dadme el ave,  
gritaste,  
arrancando al oído.

Allí la tierra iba  
en muchedumbre, ardiendo,  
rodeándose en bondades  
de polvo triste, quieto.

Seres de vientre lejos  
donde pulsan los dedos  
aún su ausente cuenco.

Verde Sidón en tablas  
del verano marino.  
Mi dardo aún te guarda.

Ha crecido.  
En robustas escotillas ejerce  
los atajos que tu arco  
disparaba y de a poco  
cansaban por tu ojo.

Seguían los carbones,  
inquietos, humeando.

## **Y su voz**

Y su voz desgajose,  
llovió tan dolorida  
gritando en frío granizo.

Calló yertos sus labios  
y arrojose hacia el tiempo  
con su puñal de tiempo.

Los verdes animales  
de la ilusión gimieron,  
cavó el padecimiento.

Frío el altar donde aún ocurren  
en el lujoso polvo.

## Rasga de sí el tiempo

Vela la corneja,  
desune las cuestas  
de luz o de aire,  
tal vez sus colinas  
en la rama misma.

Veo quebrar la noche,  
un gajo tendido.

¿Qué atrapa la sombra  
o lo que conmueve  
cuando la caída  
va cerrando el rostro  
de aquello que aparta?

Rasga de sí el tiempo  
y tal vez no sepa  
ya de su cortejo.  
Ceniza en sonido,  
lámpara perpetua.  
Sin duda en el filo  
ha puesto su sueño,  
en las viejas rocas,  
y partiendo cava  
lo altísimo al brillo,  
guía nuestra casa.

## Esta bata

Esta bata  
ronronea  
en sus pliegues  
cuando alarga sus brazos,  
despereza la sombra  
que alza el lomo  
y se apaga.  
Ahora está en su sitio,  
quieta,  
fijo el felino corazón  
en un cuadro  
que ella habitó,  
cuando era.

## Onda del zafiro celeste

Cuando mi mano  
junto a tu seno,  
la arena tras la espalda,  
onda del zafiro celeste,  
el viento blanco  
o en colinas,  
príncipe de variados tejidos,  
es distante. Pero hilando,  
ellos, magníficos,  
los que tejen  
de nosotros su ovillo,  
largo hilo en corales  
hasta el fornido hombro,  
y los hondos navíos  
viandas en los manteles,  
donde augustos sentados  
cortan la ausencia en cascos  
tan frescos todavía.  
Tú y yo, entonces,  
en quietud braceando,  
oyendo cómo atiza  
el corazón, avanza,  
mira en tristeza,  
tan cercanos ahora.

## ¡Ah! breves damas

¡Ah! breves damas  
de olorosos caminos  
con fuentes espaciosas,  
guirnaldas por orillas  
hechas de pasos suaves  
donde el agua golpea  
en cristal y remonta  
en movediza luz,  
translúcidas libélulas  
en remos coloreando,  
vestidos de pasajes  
que el aire olvida siempre  
así encienda la tórtola,  
el océano desfile su cabellera  
en nombres, sonrientes surtidores  
que les llamen, anuncien,  
sin poder esa gracia  
que en ellas ha emprendido  
tal vez la Diosa única,  
la aún no hallada, solemne,  
perdida entre nosotros.

## Lo callado

Tiempos, ¡ah! breves  
en sus etéreas sillas,  
vapores, lazos, cuencas,  
desvanecidos ojos.  
¿Quién guarda, pliega, oculta  
adonde caminando  
es ahora extranjero?  
Un golpe en una puerta  
que de pronto a la orilla  
y espacio más sereno.  
Bellos, altos recintos  
con lumbres que conducen,  
caminos serenísimos,  
mármoles acabados  
en tan livianos pasos,  
sin techos, en pilares,  
alas sin duda, copos.  
Y la pesada aurora, allí,  
en piedra, en seno,  
lecho tan maternal.

## Veamos

Veamos si estos leños  
lumbre joven ofrecen,  
quemán su lejanía.  
Un alivio descanso  
por estas soledades,  
tal vez joviales libres,  
llamas de raso al pliegue  
que se desdobra, vuelve,  
reclina el tibio cuerpo,  
canta en luz, tenue canta.  
Veamos si estos leños  
pues tan cercana empieza  
la pared del destino  
que el sello cae de pronto,  
de pronto prolongando.

Sirve el tendero lienzos  
tan deliciosos,  
paños frescos, humeantes,  
que no alcanzan los dedos  
a saciarse ni el ojo  
a zarpar estas viandas,  
pues de la hornalla parten  
tan seguras, deseosas  
que el mar corpóreo  
debe otras brasas  
y en ellas  
tallar de nuevo, verse,  
arcón o la deriva.

## Rojas sílabas

Rojas sílabas tañen de los pájaros,  
azules maneras sobre las que nimban  
los cantos, acuden las liras  
pues teje el sonido que tan dulce mira,  
ahonda si amas, alzas de tu vista,  
aunque percibamos sólo lo invisible.  
Horadada sombra del soplo que duerme  
y luego desliza a su caña y suena  
en lamento el día de sus deshaceres  
así en el estanque del advenimiento  
cabrillee la duda, cave de sus labios.  
No es otra la rosa que al caer deshace,  
a sí misma acoge o el violeta amado.

Se han ido, se han ido las voces  
y no hay hoja encinta en la rama.  
Se han ido, se han ido.  
Consumado el viento, polvo ahora, nada.  
Tal vez en su cuello un grito dormido.

## Tierra

Ven, acosa este silencio,  
paséale tus ojos,  
que abandone la casa.  
Honda es la hora  
si el joven verbo vuelve  
de cada nacimiento.  
Ha pastoreado,  
visto cómo el asombro  
es aquella penumbra  
donde otros procederes  
estallan, rompen, lanzan  
con leve pie hacia el ojo  
perdido, árido, solo.  
El techo albatros  
de un detenido gesto,  
el muro evanescente.

¡Ah! la esbelta figura  
que pasea en nuestra mente,  
asoma allí su hogar,  
abriga ese vacío que suspende,  
medita.

## Las cavernas salen de caza

Calla, oye,  
las cavernas salen de caza.  
Veo los gritos de los lugareños  
en el susurro de las cosas,  
caer sus ojos,  
huir dispuestos  
a otra sombra o luz  
más cierta.

¿No oyes el cuerno en sus lebreles?  
¿Al seno mismo herir su leche?

Noche de filos monta el día  
cuando en su curva alegre  
surgen  
y al propio azul desgarran,  
hunden,  
en roce triste.  
Sujeta al viento, corre, guárdale  
en miedo firme;  
este deseo bien podría  
huirles tierno.  
El vuelo es prado donde ellos  
cuentan sus presas,  
les animan.  
En esa lámpara se expanden.

El tiempo enluta,  
se recoge.

Vuelven mastines acezantes  
en sangre abierta.

# Alejandra

*A Alejandra Pizarnik*  
*Poeta*

Me dio su día  
en la mano.  
Una sonrisa, dijo.

Ángel muerto  
entre vivos,  
le vi,  
asíó la nube  
de una palabra  
y puso  
sobre el mantel  
un rayo.

Subía de las volutas  
el arroyo de labios;  
sorbe  
o lanza los dados  
de nuestro encuentro.

Lejos...  
el moscardón del ojo  
otra unción anunciaba.

No le lloréis,  
oídle,  
hacia adentro  
se ha ido,  
cantadla  
en los espejos.

## **Pesarosa clemencia**

Pesarosa clemencia  
han dado estos motivos  
y en tan incierto ovillo  
no hallo guía o razón  
u óvalo aparte  
que nos llame a la ronda  
de una conseja amable.

Transcurre el horizonte  
en su astro ladrido,  
hay olvido en las cosas,  
estacas manantiales  
arrancando en lazadas  
briosos sentidos, ancas,  
y la penosa muerte.

Y por las altas mesas,  
inclinados, jocundos,  
leyendo por nosotros  
el verbo augur, senderos  
donde habrán de encontrarse  
entre líneas, tal vez,  
del polvo que han escrito.

## Canta la oropéndola

Canta la oropéndola.  
¡Óyela!,  
anima  
llamando a horizonte,  
hundiendo su pez  
en el lejos.

Coletean vigías  
la estela espumante  
de la decisión,  
sea que la cascada  
ahora tendida  
arranque del aire  
la grácil caída  
que nos reconoce.  
Cumbres donde en rápidos  
abren esas sombras  
que penden, nos cercan,  
crecen sus turbiones  
ya invisible el fuego  
o el serpenteante  
báculo en sus reinos.

¿Es acaso el aire  
que en colores mueve  
o de lo inasible  
el cuerpo que escapa  
y al oído cae,  
ese rayo que ama?  
¿O el fin de la noche?

El sabio granate  
aúna en sus ondas,  
cae en sus alas,  
duerme.

Buitres  
hacia los solemnes,  
entre los navíos  
secos, vaporosos,  
los faros huyentes.  
Y la mar tendida  
sobre las veloces  
láminas argivas,  
rasgando la muerte  
del resplandeciente  
verano del hombre.

Lloramos.

Los dioses custodios  
recogen sus carnes,  
les unen. Los seres,  
desde la alba lágrima.

Cierran las monedas,  
apaga la llama.

En el sicomoro  
da el dolor su tiempo.

## Hay estruendo

Juega por la tristeza  
la sorpresiva dicha,  
hay estruendo allá arriba,  
alguien ha dado el sitio  
del polvo y el profundo  
foso que le silencia.

El orden ha regido  
y Orión vuelve a su casa  
con la muerte en los hombros.

## Serena es la espesura

Serena es la espesura  
que abre de esta mañana;  
avanza, habla la lumbre  
o con su hilo guía  
en tan incierto ovillo.

El fin desdice  
la modesta conseja,  
no detiene aunque a veces  
demore en el cayado  
la caudalosa nada,  
ponga freno al profundo  
ladrido que en mastines  
u otro heridor coloso  
abisme por su mente,  
vuelva tal vez al gesto  
que amamos, la esperada  
prontitud de la dicha,  
su deseada hija,  
lo lejano que vive,  
le ensueña, le conduce.

# El Volcán de los Duendes

*A mi hijo,  
Esteban Restrepo Álvarez.  
A la ternura de sus 22 meses.*



## Proemio

### Los Industriosos Cabalgantes

Los industriosos cabalgantes  
duendes rocíos que deslizan  
voces en perlas hasta el alba  
podemos verles si a las hojas  
donde traspasan acercamos  
el dulce infante que invisible  
asombro escapa de nosotros  
y de la noche que aún esconden  
entre el cristal que les protege  
podemos ver en plata tierna,  
a Cintia niña irse apagando.

Luego es el canto que la luz  
en gota inmensa va rodando,  
hasta el poniente que nos deja  
junto al camino de sus astros.

## Nacimiento

### Duende Uno

Apartó del espacio  
una frágil figura,  
movió la luz,  
dio a su ligero el leve  
que bien pudiese hallarle,  
libre astro de penumbra.

¿Podrían abrir los rayos  
ese orden que las cosas  
llaman a sus silencios?  
¿Esas lentas miradas  
que de repente se huyen,  
cuencas al limpio fuego  
que la noche prodiga?

Detuvo su jornada  
pues el camino hallado  
no hería  
ni era de luz o sombra  
o llamaba a la orilla  
a reposo o disputa  
o fin donde ocultase.

La razón aún no era,  
pero agradable viento  
plantaba su gran árbol  
y apoyada a su tronco  
una canción decía.

## Gnomos

Ven, camina el tiempo  
y es propicia la hora,  
sobre estas cumbres veamos.  
El salir de los sueños  
inicia. Nada temas  
si de ellos una brizna  
acudiese en su niebla,  
vieran de otra forma  
la actitud de los días.  
Son fieles, calzan bellas  
vestiduras aunque áspera  
pienses su luz  
o el gris de sus veranos  
juego tan reflexivo.  
En puntillas es otro  
su dolor y nos pueden  
desoír nuestros dones.  
Anima un sorbo  
de esa fértil mañana.  
No parten. Acá el bronce  
pondrán de nuestros cuerpos.

Alondra lejos, sopla  
su saco diminuto.  
Mi vara hará el prodigio  
que el buen bordo repone.

## Duende Dos

Otro sea este sitio,  
alégrense las cosas  
pues doy a la tristeza  
colores más seguros  
y si hay noche es en Cintia  
en quien mi humor confío.  
Saltimbanquis oficios,  
¡llegad!, dejad el humo  
de la destreza ardiendo  
aunque sea duro el aire  
de los altos senderos  
o en vendaval fustigue.  
No me cansan caprichos  
ni ceños de otros dones.  
Doy asaz mi fortuna  
aunque un arco perciban  
sin aljabas ni flechas  
o codorniz huyente.  
Mi cofia es fija,  
dadle ese nombre u otro  
que en el cenit diluya  
pero no oirás en ella  
sino acudir mi mano.

Avanza el día en la noche,  
el poniente zarpazo nada detiene.  
Salid los tintineos  
al brillo de las formas,  
cread los burbujeantes,  
rodad pies, lenguas, nada.

El tiempo acá o allá  
en mi dado jolgorio.  
Se oye el mastín, emprendo  
a los hilos del alba,  
corcel dorado ahora  
por sus filtros ligeros;  
sea la frente  
de entre sus corredores  
el alazán sonido  
que erguido bien dirige  
mientras yo entre mis cuerdas  
alivio, me sumerjo,  
medito nuevos hechos  
a este orbe gimiente.

## Duende Tres

Yo que mezclo alba ocaso  
tallando en lo sombrío  
otras luces y sombras  
que deleiten, acojan  
con el tierno desgano  
de un bello mediodía.

Yo un espíritu vuestro,  
hijo de las honduras  
que habéis cantado,  
dejo por vuestras mentes  
gracia, sonido, fuentes,  
como las breves formas  
en que podéis nombrarme  
y hallaros si es el precio  
de un gentil caminante.

Regreso a lo profundo,  
vuestro taller de sueños,  
así este mundo pueda  
su visión aunque sea  
cada instante fulgor  
o rapazuela muerte.  
Vivir es lo llamado  
y alas me han proferido  
dentro vuestro otras gracias.

Vastas visiones  
a tan pequeñas glorias.  
Dormid entonces y despertad.

Dormid.  
Serás el extranjero aún no ungido,  
esperado.

## Duende Cuatro

Corto la oscuridad,  
dos mitades que alojo  
en esta llama e invoco  
a rodar a otro nombre  
pues propicios los vientos  
dan el camino y eco  
la astuta guía.

Es sereno el momento  
y aunque el trueno distraiga  
es sólo bello fuego  
que al sonido acomoda,  
un lento caballero.

Mis manos doy al aire  
y escondo en él mi cuerpo.  
La hoja que se mueve,  
el susurro que calla,  
no son más que los dones  
que al reposar libero  
si acudo alguna gracia  
o el terror que desdigo  
si algo en mí no hallo amable.

El temor es un soplo  
y en puntillas tan tierno,  
un copo ligereza  
donde mis saltos duermen.  
La magia es esto, oíd,  
un color movimiento.  
¡Que conmuevan las Gracias!  
Bajen de nuestras cumbres  
mal y bien y fortuna.

## Duende Cinco

Bebo el vino apolíneo  
que Dionisos me ofrece,  
cuelo por cerraduras,  
arrebato las sombras  
aquí o allá en delfín  
por esta agua de aire.  
¿A quién lleva?  
¿A quién llevas  
si animas por tu mente?  
No dudes, soy el gesto,  
en mis dos piernas vivo,  
puedo desde la llama.  
Enciende, pon la luz  
en su cuna dorada  
y si es la noche el sitio  
que se acerca y dibuja  
este aro que nos cerca  
ve a su oído y dile,  
verás que Cintia llega  
y hay festejos alegres.

Disipo, nada oculto;  
así lo visto es sombra  
que en un soplo tomamos.

## Duende Seis

Mimbre es la cuna  
si has amanecido;  
yo el ovillo, el girante,  
el jocosos mancebo  
en la luz de mi anillo.  
El desviador de cantos,  
el soplo cornamenta.  
Yo sentado en lo alto  
del mastín, dardo seco  
al ladrido del salto.

Senderos, troncos, gallos,  
el galope del grillo,  
el rebuzno del gato,  
el propio amanecer  
en mi morral de espanto.

Soplad y ved mi mano,  
nada y ved mi rostro  
al soplo, nada y mi cuerpo  
espacio a la otra orilla,

Sin Mercurio que arranque  
de sus alas el tiempo  
o Atenea que me brinde  
un descanso de su arco.  
Pobre zagal de piedra.

Llebadme en la memoria  
pues no es Erebo mi astro.

## Duende Muerte

No urdimos  
ni ardemos del espacio  
frías criaturas, huestes,  
vamos tras de los ojos  
donde paca el engaño,  
cuida desde su aliento  
el canto oscuro, lejos.

Huesos callados, huesos,  
esparcida su casa,  
niña vacía, seca.

La he visto, la he tocado  
junto al oscuro acierto  
que la verdad predice  
jugueteadando el vocablo  
posible que la noche  
dé en sus primeros rayos,  
ella, la mensajera,  
el perdido habitante.

Alivio, doy el rumbo,  
jineteo el ocaso.  
Doy virtud a la rueda  
en que profundo gira  
tras de la gran tiniebla  
y de su orilla salto.

Que vaya el agrio río  
de mis pies, pues mis manos

doblan el tiempo,  
cubren allí una rosa  
que os entrego y habito  
para vuestra fortuna.

## Duende Ocho

Ni noche ni día  
fuera de este óvalo sufriente,  
su ojo navegante  
y de pronto la voz  
que su hallazgo le arranca,  
el mar de los océanos.

¿Quién es ese o aquel  
que aleteando desliza?,  
¿brilla, oscurece?  
Límpidas Gracias vense,  
juegan las gotas  
donde ha sido la altura.

Desvanece en la lanza  
la fiera, su rugido  
queda en la orilla sola  
y por la negra capa  
del corcel la cabeza  
que cae, salta al anca  
del viento helado, yerto.

Por el artesonado  
que veneran las lápidas  
la arropada memoria,  
el prolongado juicio  
de la zarpa que ora.

## Duende Nueve

La anaranjada casa,  
el limón de cisterna,  
el arroyo de olivo,  
el patio que mi mano  
sopla y es ojo  
donde pueden seguiros,  
volved al primer día,  
os doy. Es mi descanso  
que escapa cuando en vilo  
ve los padecimientos  
y acude, goce dulce,  
a esparcir vuestros dones,  
los que en sonrisa veo  
disfrutar y presiento  
son mi encantada cuna  
de donde aún deslizo,  
disuelvo, vuelvo al hado.

## Duende Diez

Ceden de los andamios  
las torres verdes huesos  
de la almendra en camino.  
Anuncian los portales  
donde habrán los descansos  
de reclinar,  
guardar si es de lo oculto  
o el rastro que concede.

Me pregunto y atisbo  
en qué sitio distraigo  
el momento que habita,  
si extranjero es, anuncia.  
Tal vez ángel vacío  
en mí desaparezca  
y pueda daros todo  
el esplendor que busca.

Bondadosa es la carne  
en su íntima casa.

Regreso.

Camino vuestro ánimo,  
mis pies viven, ausentan  
en ese alado espacio.

## Duende Once

Llegad dispuestos, comedidos gigantes,  
solos o quebrantados,  
atando o desatando.

¿Es esta la llanura que flota?  
Bellas horas caminan  
y no vemos el rostro  
de congregadas naves,  
dolientes, apresados olvidos,  
llantos a remover.

¿Qué tierra es esta  
en la verde ladera  
de nuestro nombre?

¿Viven los trinos  
en el soplo cadalso,  
el heridor predice?

¿O la lumbre es la guía  
de sus mentes y hay cuevas,  
cimas en sus abismos,  
silencios de ancha copa  
bajo quienes desliza,  
agrupa las visiones  
que acaso seamos ya?

## Duende Doce

Así fue y será,  
pero dadme la gracia,  
imaginad y el tiempo  
verá siempre sus hijos.  
Ha crecido por ellos  
y amigo es el descanso  
cuando de pronto adviertes  
y sin duda predices.  
Nombrad, oídle el labio,  
un sonido tan hondo  
que puedo en él hallaros,  
desplazad ese abismo  
a una gota en que habites  
lo que en mí tuyo arde.

Extenso azor en aire  
tan manso, cuenco trino.  
Así fue y será.  
En mi mano retengo  
la puerta de los vientos,  
sople lumbre o disparo  
el logro donde pueda  
reír tibia tu mente.  
Pero dadme la Gracia.  
Imaginad... Y el tiempo  
verá siempre sus hijos.

## Duende Trece

Acallo, juego el llanto,  
suplo al cuerno sus galgos  
y desde la alabanza  
corro tras sus ladridos,  
aquí o allá en el soplo  
o la voz de mi guiño.  
Inviolables los juegos,  
saetas, horas, lámparas  
que al tañer he entregado.

Resuena la infaltable  
jovialidad del astro  
o la dócil cabeza  
que lejano desgrana  
en ese cubo cierto  
donde abismo es la sombra,  
apacigua, sostiene.

Es tiempo,  
hollamos vuestras mentes  
y en todo sitio el reino  
vuestro glorificamos.

Partimos.

Volved hasta la cuna  
de las cosas, mecedles  
el despertar que en ellas  
os ha buscado siempre.

## Duende Catorce

Hay susurros, detente,  
deberes de filosa tiniebla.

¿Animales de acecho?  
¿Vapores entre túnicas?  
¿Lazos simientes  
del cansado prodigio?

El zumbido de un trueno  
durmiendo entre su abeja  
soñaría este fanal,  
el mismo ruego  
a las puertas que Erebo  
disipa ya en su niebla.

Si observas, has crecido,  
han huido a las cosas,  
viajado los copiosos;  
agudos saltimbanquis  
han guardado el vacío.

Cuida, cuida tu hora.  
Indico a mi tañido.

Aquí la orilla,  
el luminoso andrajo  
que reverbera.  
La estrella solitaria.

## Duende Quince

Disuelto, es la medida  
que pude siempre daros,  
cuanto halléis es mi forma,  
le habéis dado su acierto;  
el misterio es anillo  
que un día a mi dedo disteis  
y en el que pude alegre  
ocultarme y deciros  
con prodigios y dones  
aunque en batalla a veces  
con el bajel del llanto  
troqué mis propias aguas,  
hundí ardidés, conjuros;  
mas mirad, asombrados,  
todo es lo que en vosotros  
el mismo asombro ha dado;  
el hado si es el nombre  
que el tiempo a sí se ha dado,  
la veloz ocasión donde todo reúne,  
Mercurio si hay un puerto  
donde una desterrado  
tierra, fuego, aire, agua  
en vuestra mente hallo,  
todo cabe en mi soplo  
en el puño de tu habla.

Pero esperad, refrena,  
dejad vuestras pantuflas,  
vuestra sagrada cofia;  
las mías junto al hornillo

del juego os dejo, así  
nadie sabrá ya nada.  
Pero esperad, refrena.

¡Hablad sombras y luces!;  
serenas o estallantes  
el venir recordad.

## Duende Dieciséis

¡Abrid!, adentrad en las puertas  
de este mundo encantado;  
es él quien ha esperado,  
crecido su fortuna  
o hundido su desdicha  
en el mar que has creado;  
hay bellas tempestades  
que adelantan su niño,  
arriman vuestros brazos  
a esa infante tibieza  
que jamás ni el susurro  
podría en su sueño hallado.

¿Tristezas, soledades?  
¿Virtud y sombra, luces?  
Qué encendido crepúsculo,  
la poderosa noche  
qué esbelta llamarada.

¡Ah! cimientos, bondades  
donde hemos visto al tiempo  
tañer en vuestras manos:  
el más rico instrumento.

Id, id pues,  
veos en vuestro orbe  
que el día al susurro  
ora en su cabo, guía;  
asombro es el legado  
que habéis dado a esos hijos,  
nos habéis entregado.

## Duende Diecisiete

Tome el timón lo oculto,  
navegue este zafiro,  
este alado diamante,  
este nido esmeralda.

Sea o no turbulencia  
tome el timón lo oculto.

¡Velas! A vuestro oficio.  
Despertar es sendero  
prodigado al durmiente.

Bello día a los días,  
bella noche a las noches.

Vuelvo a mi templo,  
el vuestro,  
la sagrada memoria.

Buen tronco allí me albergue  
y pueda oír el mástil  
Odiseo entre las ondas  
de la vida y la muerte.

*(Hablan los duendes)*

Partamos, hay caminos,  
son propicias las ondas.

*(Los duendes desaparecen)*  
*(Lo invisible se trueca en un susurro)*

## Espíritus de la noche

*(Un espíritu)*

¡Oh! Formas o aquellas nebulosas  
que vienen a pedirnos vuestros ojos y manos  
para poder entrar al deseado reino  
de la vida y la muerte...

Sois la alumbrante gracia,  
volvéis del nacimiento;

*(Se silencia)*

¿qué lo oculto, entonces,  
no visible a la simple  
solemnidad de un pájaro,  
un pedrusco, un camino,  
el féretro llorado del más quieto durmiente?

*(Se oyen voces, gritos, borrascas en el fondo)*

Y la cambiante charla  
hace reír las horas...

Una pena se dobla  
en sus perdidas lágrimas...  
Sois la alumbrante gracia,  
volvéis del nacimiento.

*(Se oye el susurro de los duendes que pasan)*

*(Otro lugar, otro espíritu)*

En los llanos, los montes,  
los mares, los roquedos,  
flotad, flotad;  
en el agua, la tierra,

el aire, el fuego, el cielo,  
flotad, flotad, flotad  
un paso, el mismo...  
Amor o diferencia  
en la escala vacía.

*(Aparecen espíritus oscuros)*  
*(Hablan al público)*

Nada sabéis,  
nada sabéis,  
*(Ríen burlonamente, conjuran)*  
la deshollante bruja *(Aparece)*  
el gusano, el murciélago,  
el desolado adiós.  
*(Ríen con tristeza burlona)*  
*(Desaparecen)*  
*(Ruido de vuelo)*  
*(Risas provocantes)*

*(En un pequeño paraje una hechicera  
revuelve un cocimiento mientras ríe  
y con solemnidad conjura espíritus malignos).*

Luzbel, Belial, venid, mis serafines,  
es nuestra fiesta, es nuestra fiesta.  
*(Se desnuda y danza).*

*(Un fogonazo la hace ver deforme,  
pretende ante esto sentir terror;  
grita)*  
Patas de cabra, patas de cabra,  
prestadme el viento,  
prestadme el viento;

*(Una bruja pasa galopando sobre un saltamontes)*

*(Grita)*

*(Al público)*

galopad, galopad,  
la capa por los vientos  
y no os equivoquéis.

*(Azota su cabalgadura  
y desaparece entre carcajadas)*

*(Un coro de espíritus guía a los duendes en la mente  
desde la memoria hasta los sueños).*

## La memoria

Llegad, llegad senderos  
a este vuelo profundo,  
sois lámparas vestales,  
días con que ha tejido  
el mando que en vosotros  
brilla y no colora  
más que al feliz que hace,  
le da ese siervo salto  
que ha dispuesto en mañana,  
medio día, firmamento,  
el cristalino ojo  
con que acaso se mira.  
Siempre habrá este destino  
mientras haya infinito,  
destile en huella pronta  
toda mente, así sea  
este viviente mundo  
o inerte sufrimiento.

Llegar, partir,  
leve forma de olvido  
donde asienta solemne sus muros  
nuestra casa,  
llamados a la puerta  
del veloz extranjero;  
vivir, soñar,  
soplo ardiendo en su brasa,  
vacío en su vacío.  
(*Un sopor va invadiéndoles*)

Vayamos, desvanece en su casa  
la gentil habitante,  
hay duelo, llora el tiempo;  
tan bello entre sus lanzas  
puede herir,  
golpear su misma queja.

Vayamos, es distante,  
vasto su rostro  
en la estrella de su ojo.

## El sueño

Duro día habéis hecho,  
cumplido la jornada;  
ha cantado el prodigio  
de vuestros sortilegios,  
acercado los tiempos,  
surtido sus vasijas,  
vuelto a beber el astro  
aquello que buscado  
ha dolido a su pecho,  
manjar donde ha pensado;  
oíd los carreteles  
de su esbelta corriente  
cruzando entre las voces  
que el triste ojo deja  
desmadejando sombras,  
amándoles el rostro  
si es sombrío o extranjero  
deja abismal su sombra;  
sois sueños, mas soñad...  
Todo es sueño, olvido,  
nada, soplo, relámpago,  
el nacer, el morir,  
el medio día del tiempo,  
la fosa que de pronto.  
Decid, hablad congojas,  
el silencio que sólo  
acá podréis decir,  
así los huracanes  
oculten de su frente,  
vuele en búho la corneja,

ría en arroyo el puñal,  
pues acá nazco, yazgo,  
son estos mis dominios,  
acá los vuestros, todo;  
os doy su niebla, ¡ved!  
Así por el trabajo de la razón  
podréis ir acercando al podio  
donde amor os espera  
y tiernamente os lleva  
a aquello donde hubisteis  
con dolor o alegría;  
este es el mundo... este es...  
nuestro mundo, la casa;  
soñad... soñad...  
Que arrullen los asombros,  
pues duende soy y vuelvo  
a mi vestal saeta,  
su vuelo, templo estío.

## Coro de los Duendes soñantes

### Casi al despertar

*Tres pesadillas sucesivas;  
la pesadilla del sueño de los duendes,  
la de Odiseo en el mar,  
la de Penélope en su hogar.*

¡Qué huracán se abalanza!,  
¡qué fuego hierva el fuego!,  
¡qué yelo el mismo yelo!  
Corred, suspiros, llantos,  
acoged tras los montes  
o si es el mismo viento  
guareceos en él,  
aquí el volcán del odio,  
la esperanza, la fe,  
aquí el miedo, la furia,  
la oculta sombra, el grito,  
el trueno de piedad;  
la verdad, el olvido,  
la muerte, sacra muerte  
en su lápida muerte.

### Odiseo

*(Gritando)*

Poseidón... Poseidón...  
Dios sin fe... dios sin fe,

así escale tu reino  
llegaré hasta mi reino.

## **Penélope**

*(Incorporándose)*

Qué huracán he sufrido,  
qué triste frente he visto.  
*(Camina hacia la ventana, mira a la lejanía)*  
Por qué lugar de mí  
encaminas ahora,  
corres el aire  
o navegas la tierra;  
*(Recordando que ha soñado)*  
qué he soñado,  
quién ha andado en mi sueño,  
qué heraldos han llegado  
a herir mi propia casa;  
descender los ribazos  
de nuestra misma mente  
y sólo hallar la muerte;  
no, no, ningún féretro puede  
sino luz engañosa,  
lengua de oscuro filo  
herirte, contenerte,  
arrojar al oído  
tu voz, árida, seca,  
tu ánima insepulta;  
mas si así lo han dispuesto  
los inmortales dioses  
sea mi carne tu única  
perpetua sepultura...

Mas, no, no,  
qué acontecer arrima  
a mi mente su aurora  
como si fuera ocaso,  
puñal, noche agorera;  
huya de mí  
este olor pestilente,  
caiga en él la ceniza,  
desgárrelo la nada  
y tú, mi generoso,  
mi piedad, haz mi tiempo;  
que renazca este reino,  
canten las glorias  
a tu fértil fortuna;  
qué siento, qué alegría  
aparta hasta mis huesos,  
borra de ellos su polvo,  
quita en mí lo mortal,  
pues le veo, le veo...  
Tan transparente día  
es su forma, su paso,  
su noche ahora en mi noche  
dormida entre mis labios.

*(Se ve una ola gigantesca que cubre la nave de Odiseo)  
(Penélope grita)*

No, no, no,  
no descansas, ¡oh! Muerte,  
¿muerte?... ¿Cuáles tus potestades?,  
¿cuál tu hogar, vuestro padre  
que así aún desconoces la heredad  
y te lanzas a arrasar sus cimientos?  
¿Cierta eres, existes

u otra razón te espera  
o eres tú quien ha visto  
este único camino  
a quien llamamos vida  
y acunaste doliente  
sin duda tierna, bella?  
Qué pensar, si no somos  
más que estos balanceos,  
sin duda engaño, nada,  
susurros de este astro  
en sus manos gentiles;  
*(Llora... ríe..., camina con dignidad real)*  
pues bien, representemos,  
trae amor las visiones  
a tu amada fortuna,

### **Coro de los Duendes**

*(Duendes despertando, aún confusos)*

¿Quién habla, qué se calla?  
¿Qué gritos desvanecen, abren terror,  
descuajan?  
Oímos, susurramos,  
lo que tal vez os digo...  
¿O es el propio soñar?

*(Se oye una sombra que avanzando  
va haciéndose más nítida)*

## La sombra

¿Quién ha traído a estas inseparables formas  
hasta el desvanecido tiempo donde  
translucen?

¿Sesteamos o es otra la virtud que acongoja?  
Volátiles, penumbras,  
audiencia de las cosas que dicen voceando  
este grito silencio;

¡ah! espantables suspiros que entre sus  
mismas lápidas

sufren nuestros suspiros,  
caminar sin su huella,

herir sin que la daga arroje su crepúsculo,  
rasgue al fin a la noche de su negro madero;

¿llegamos o partimos

o solamente somos el continuado barco,  
la ilusión a este viaje bellamente vacío?

Quién sabe...

Todo es esta inhallable quietud,

el relámpago, el soplo, el quebradizo trueno,

el cabalgante caballero que estalla

por su perdida ráfaga;

así la sombra,

el correntoso casco entre el sagrado ojo

que todo asombro puebla.

## Reflexión de un Duende

Has desaparecido,  
sombra apenas temprana,  
quejumbre has dicho, olvido;  
por mi abismada costa  
el paso de la estrella,  
el rostro firmamento.  
¿Aún hay cumbre en el casco  
que corta hacia tu casa  
rocas hielo en sus velas,  
sombras tiempo en su tiempo?  
Qué digo, qué desdigo,  
quién en mí habla...  
pues dulce voz me acoge,  
ocurre mi memoria.  
¡Ah! los cuatro horizontes,  
los cuatro caballeros  
en sus ricas monturas  
hacia esta alba mía  
que ahora distingo,  
abrazo. Reconozco mi nombre,  
veo su portal y a él  
encamino este aire  
que ahora respiro y bebo  
en su taza de aire.

Aligere mi cofia,  
salten de mis pantuflas  
los caminos y sean  
más prodigios al hombre.

## Coro

Tristes, sordos colores,  
de la verdad,  
desgarros en el alba  
que hemos alimentado,  
pobres tinieblas  
tan sufrientes aún;  
aquí el cantar he oído  
de otra noche, otra alba  
y en la verdad ha dicho  
su tiniebla, su noche;  
id y decid lo escrito  
y así los torrenciales  
ojos de nuestra vida.

## Duendes descendiendo de la memoria

Qué soles, qué tinieblas  
flota este firmamento,  
se abren mis ojos,  
mis pies sobre otros pies,  
mis brazos, rostro, paso  
de otra virtud, mi cuerpo  
¡ah! y mi mente  
aún en esta riqueza  
que ha gemido, callado;  
tristes, sordos colores  
de la verdad,  
desgarros en el alba  
que hemos alimentado,  
pobres tinieblas, solas.

Apelo al tiempo y busco  
su colosal guarida,  
es hora de que amables  
veamos otro rostro  
en lo que percibido  
duele y es tan amado.

Encumbra nuestra bóveda,  
ha escrito en luz y ello  
puede bien conducir.

## Gnomo

Apenas aire, vedles  
y podad toda duda  
así en el soplo quede  
alguna estéril rama,  
el pichón que ha esperado;  
vengan así las ráfagas  
y traigan ya en silencio  
forma y pensar,  
el hado  
que ellos sólo desprenden.

Han regresado y veo  
en mi vara el bostezo;  
celebremos la noche,  
celebremos los días.

## Duende Dieciocho

¿Presiento? Aún enjambre  
es la vasta luciérnaga,  
el poderoso mirlo.

Va el olvido y detiene  
cada hostel que le acerca,  
e indaga si allí ha sido,  
hay barbecho, rige el venir,  
es fuerte el padre  
como cuando su cumbre  
desprendía las lanzas,  
quebraban las gargantas  
en coagulados leños.  
Lentas fuentes de oscuro,  
sacras nodrizas, soplo  
entrebriendo en su soplo.

Doy mi sonido: un vuelco,  
dejo allí mis oboes,  
violines, chelos, flautas,  
la agreste horda roca  
que en silencio he gemido...  
Y pienso, amadas, pienso,  
corto al dedal lo oscuro,  
las tristísimas ánimas,  
el hielo de sus cuerpos.

Vuelvo a mí,  
soplo mi astro;  
vivos aún soñemos.

Oigamos a los Dioses.

## Duende Diecinueve

¡Oh azul! ¡Águila de los tiempos!  
Ve unción que apacigua,  
sueña nuestras criaturas  
donde ama, se embellece;  
zorzales días, destellos,  
las comarcas ventiscas  
de un zafiro que ha sido.

Volvemos de nosotros  
a este rojo tablado,  
la amarillenta lumbre  
abre la sola fuente  
que erguimos, olvidamos  
y a beber llega el salto  
de la ayuda sonrisa;  
mi blusa anida, vuela,  
mi cofia, copa de aire  
reclina en sueño, aire.

Seguid, el tiempo vuelve  
y puede ser la noche;  
punza mi atenta oreja  
y no podrían los rayos  
de Cintia ser heridos  
y Puck callar  
el dolor que no puede.

## Gnomo

Callad, no sujetéis las horas,  
el día es la razón;  
no invoquemos la noche  
antes que el buen descanso  
le allegue hasta su ocaso  
y aún nosotros gocemos  
algo de lo profundo,  
pues vedlos, siento cimas  
que disparan los hechos  
que han sembrado,  
bondades, astros niños  
que alegres nos abrigan  
jugueteando tan tiernos;  
cómo acercan y pueblan  
y hay jolgorio en la mente  
de este mundo doliente.

## Epílogo

### Duende Uno

Ver es el sacrificio  
de lo que apenas visto  
es seco, árido oído;  
amasamos lo ausente  
y es cálido ese rostro  
que va precipitando  
así en frío marmóreo  
nos acune, transluzca,  
vuelva en piedra a mirarnos  
ahora hijos en piedra.

### Duende Dos

¿Urdimos?, ¿auguramos?  
Nada en la nada es sombra,  
sin pasado no hay eco,  
horizonte es la mano  
tendida hacia horizonte.

## Un descanso

*(De los Gnomos)*

Vayamos, pues,  
juguemos el sentido  
que el bien nos atribuye;  
un descanso azulino  
podría ser nuestra mesa  
y departir el tiempo  
bajo el frescor amable  
así engañoso trino  
nube oscura regase,  
seco zorzal en rama;  
dejaríamos la tarde  
en sus serenas alas  
en busca de su árbol  
y el fruto a hombros,  
vasto.

Bello ha sido...  
un relámpago.

Vuelve a engendrar espacio,  
vese su lento paso.



Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres del Centro de Publicaciones  
de la Universidad del Quindío  
(Armenia, Colombia)  
en el mes de abril de 2011.